COMEDIA FAMOSA.

PARA VENCER A AMOR, QUERER VENCERLE.

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Federico, Emperador.	*Margarita, Dama.*	*Lisardo.*
Don César Colona, Galan.	*Matilde, Dama.*	*Celio.*
Don Cárlos Esforcia, Galan.	*Leonor, Criada.*	*Criados.*
El Baron de Brisac.	*Flora, Criada.*	*Soldados.*
Ludovico, Barba.	*Espolin, Gracioso.*	*Música.*



JORNADA PRIMERA.

Sale D. César divertido hablando consigo muy alegre, y tras él D. Cárlos, Espolin, Celio y Lisardo.

Ces. CLaras luces, rosas bellas,
que en variados resplandores,
unas sois del Cielo flores,
y otras sois del campo estrellas;
pues en vosotras y en ellas
afectos de amor se vén,
bien podrán pedir, y bien
dar podrán luz y verdor
las albricias de mi amor,
y á mi amor el parabien.
Aunque si en tan feliz dia
ha merecido mi fe
el sí dichoso de que
será Margarita mia,
ni dar ni pedir debia
parabien ni albricias; pues
el que tan dichoso es,
que á no tener ha llegado
que sentir, ya es desdichado,
si discurre en que despues
de conseguido el placer,
le ha de hacer falta el pesar;
pues no habiendo que esperar,
tampoco hay que merecer:
y ya quisiera tener
admitido y despreciado,
parte de uno y otro estado,
para añadir ambicioso,
á fortunas de dichoso,
méritos de desdichado.
Cárlos, aquí estais? *Carl.* A daros
el parabien he venido,
y viéndoos tan divertido,
no quise, César, hablaros.
Ces. Por qué?
Carl. Porque al escucharos
carear favor y desden,

pena y gloria, mal y bien.
sombra y luz, gusto y pesar,
dudé si os habia de dar
el pésame ó parabien.

Ces. Tanto á Margarita bella
estimo, tanto la adoro,
que quál es mas dicha ignoro,
ó servirla ó merecella;
y así, quisiera por ella
hacer hoy, favorecido,
finezas de aborrecido:
pero estos extremos no
se entienden con vos, que yo,
ufano y desvanecido
puedo acá en mis fantasías
delirar, vos no podeis;
y así, aguardo que me deis
mil parabienes. *Carl.* Tan mias
vuestras penas ó alegrías
juzgo, que unas y otras sigo,
y así, solamente digo,
que en las dichas que gozais,
felices siglos vivais.

Ces. Sois mi verdadero amigo:
y mas deberos espero,
que una fineza por mí
hoy habeis de hacer. *Carl.* Aquí
me teneis, decid. *Ces.* Yo quiero,
por ser el dia primero,
que á mi amor agradecida
mi prima, el desden olvida
con que hasta aquí me trató,
y que el sí á su padre dió,
obligada y persuadida
de la grande conveniencia,
que hay para casar los dos;
que como mi amigo vos,
dando de serlo experiencia,
hiciésedes diligencia,
de que algun festejo hubiese
hoy en Ferrara, que fuese
pública demostracion
de mi amorosa pasion.

Carl. Servicio muy corto es ese
para lo que yo quisiera
hacer; á juntar iré
deudos y amigos, y haré
que haya esta tarde carrera:
y quando el Sol á otra esfera
pase, hachas tomarémos,
y la Ciudad correrémos,
todos de gala vestidos,
en tanto, que prevenidos
mayores fiestas hacemos
á vuestras bodas: á Dios. *Vase.*

Ces. Bien, que haréis festivo el dia
de la mayor dicha mia,
espero, Cárlos, de vos:
Celio, Lisardo, los dos
joyas, galas y libreas
prevenid. *Lis.* Quanto deseas
efectuado verás. *Vanse los dos.*

Espol. Loco de contento estás.

Ces. Yo lo confieso. *Espol.* Que seas
tan bobo! *Ces.* Este bien me tasas?

Espol. No, mas es fuerza que dudes,
qué has de hacer quando enviúdes,
si esto haces quando te casas?

Ces. Ay Espolin! quán escasas
todas mis fortunas son!

Espol. Yo puedo con mas razon
decirlo, puesto que dia
que festeja tu alegría,
que soborna tu pasion
deudos, amigos, criados,
señor, no me das á mí
tan solo un maravedí.

Ces. Ve y haz, que de cien ducados
te hagan libranza. *Espol.* Animados
bronces, jaspes repetidos,
mármoles endurecidos,
tu nombre::- Pero esto basta,
que no quiero aojarlos, hasta
que los tenga recibidos. *Vase.*

Ces. Gracias al Amor, fortuna,
quando él tan bien me previene,
que ya tu poder no tiene
accion contra mí ninguna;
á la esfera de la Luna,
con las alas que él me dió,
llegué ya, en su cumbre yo
nada temo, pues aquí::-

Dentro Music. Amor me dice, que sí,
y tú me dices, que no.

Ces. En favor ha respondido
de mi fortuna esta letra,

que

que el corazon me penetra;
pero no, que acaso ha sido
haber al jardin salido
Margarita; y siendo así,
digo, Amor, que contra ti,
fortuna, no dirá no.

Salen los Músicos con sombreros en las espadas, Damas y Margarita.

Music. Pues el Amor me engañó,
duélete, mi bien, de mí.
Marg. No canteis mas.
Ces. Pues por qué
callar los mandas, señora?
Quando salir el Aurora
con músicas no se vé
celebren un dia, que fué
tan dichoso para mí,
que un sí tuyo merecí,
puesto que al preguntar yo,
si soy venturoso ó no,
Amor me dice que sí?
Marg. Quando hablando yo conmigo,
triste y confusa me hallo,
que un no que quizá ahora callo,
contiene este sí que digo:
á explicarme no me obligo,
mas baste decir, que yo
lloro un sí que es no, pues vió
la estrella infelice en mí,
que yo te digo que sí,
y tú me dices que no.
Ces. Enigma es mal entendida
haber, señora, creido,
que pueda yo haber tenido
en mi pecho mi homicida:
si ya estás arrepentida
del sí que tu voz formó,
no tengo la culpa yo;
ó si engaño de Amor fué,
del Amor me quejaré,
pues el Amor me engañó.
Marg. Hablar y callar quisiera,
y para poder lograr
hablar á un tiempo y callar,
ha de ser de esta manera.
Salíos todos allá fuera:
esto ha de ser. *Vanse los Músicos.*
Ces. Ay de mi!
Marg. Escúchame atento. *Ces.* Di;
pero si ha de ser rigor,
ten lástima de mi amor,
duélete, mi bien, de mí.
Marg. Señor Don César Colona,
que sea la ilustre sangre
vuestra la mejor de Italia,
me está á mí mejor que á nadie;
pues siendo primos hermanos
los dos, es cosa constante,
que el oro de nuestros pechos
brille con su mismo esmalte.
De ser galan y valiente,
la fama el informe os hace,
pues siendo en la Corte Adonis,
sois en la Campaña Marte.
Vuestro ingenio, en todas quantas
buenas letras hay, atrae,
sin pesadeces de docto,
con blanduras de elegante.
En fin, no hay parte ninguna
de todas las buenas partes,
que hacen amable á un sugeto,
que en vos, César, no se hallen.
Hasta la de amor en vos
tan perfecta está, que nadie
supo adorar mas rendido,
supo querer mas constante:
siendo así que esta pasion
es el crisol, el exámen
de todos, porque ni noble,
ni entendido ni galante,
ni valiente sabe ser
el hombre que amar no sabe.
Yo que de tantas finezas
(bien que indignas de emplearse
tan mal) el objeto he sido,
lo dixera, si no hallase
tan presto el inconveniente
del haber, necia ignorante,
entre vuestros rendimientos,
de encontrar con mis crueldades,
en cuya disculpa hablara,
si ya tantos exemplares,
como hay en el mundo, no
trataran de disculparme,
puesto que de Amor y Vénus,
en los sagrados Altares

de agradecidas finezas
tan pocas lámparas arden;
pero esto ahora no es del caso,
pasemos mas adelante.
El gran Duque de Ferrara,
tio de los dos, que yace
en mejor Imperio, adonde
son eternas las edades,
sin hijos murió; de suerte,
que concurrimos iguales
al derecho del Estado,
pudiendo el mio fundarse
(aunque hembra soy de hembra) en ser
hermana mayor mi madre,
á quien representó el vuestro,
que aunque lo fuese, me hace
incapaz el ser muger;
y que así es fuerza que pase
á vos, porque sois varon.
O mal haya ley infame,
que dice, que las mugeres
no son de mandar capaces!
El pleyto pues no es posible
decidirse, hasta que acabe
el Emperador las guerras,
que por su persona hace
con los Esguízaros, donde
pretenden los Alemanes,
del Aguila de dos cuellos
tremolar los Estandartes;
porque siendo aquel Estado,
desde sus antigüedades
feudatario del Imperio,
es jurado vasallage,
hasta que última sentencia
dé él mismo, de no gozarle
ninguno, haciendo en sus manos
pleytesías y homenages.
Esta dilacion fué causa
de que unos y otros tratasen
convenirnos, y juzgando
el mas conveniente y fácil
medio, que entrambas acciones
en sola una se juntasen,
fué nuestro casamentero
el vulgo, cuyo dictámen
de vos, César, aplaudido,
dió motivos á mi padre
para que una y muchas veces,
ó ya imperioso me mande,
ó ya templado me ruegue,
que con vos, César, me case.
Yo, que por mi natural
condicion tan arrogante,
tan altiva, tan soberbia
soy, que juzgo no haber nadie,
que me merezca un desprecio,
ni que me deba un desayre,
estudiando, no el desvío,
sino el hacerle agradable,
que aun la inclinacion es fuerza
que se aproveche del arte;
mil dias ha que divertia
esta plática, hasta hallarme
hoy tan vencida á su ruego,
que pasándose lo afable
á cruel, temí en su voz
las iras de su semblante.
Aquesto me ha ocasionado
á darle aquel sí, sin darle
las reservadas disculpas,
que acá en la guardada cárcel
de mi silencio no osan
á romper, ni aun con el ayre
de mis suspiros, la línea
que yo les puse por márgen.
Y supuesto que con él
preciso es que me embaracen
su respeto y mi temor,
solicito (perdonadme)
que con vos mis sentimientos
cara á cara se declaren.
Yo, Don César, como he dicho,
conozco las buenas partes
que hay en vos, las conveniencias,
las dichas, las igualdades,
y las finezas que os debo;
mas todo esto no es bastante
á que en un dia el afecto
de extremo á extremo se pase.
Desde que nací os miré
como á mi primo, y no es fácil
miraros hoy como á esposo,
sin dar tiempo á que el carácter
impreso de tantos dias
se borre, para que halle

una

una imágen en lugar
adonde dexé otra imágen.
Demas, que como os miré
como pariente, me hace
el miraros como á dueño
una novedad tan grande,
un desagrado, un horror,
un miedo, un temor cobarde,
un embarazo, un respeto,
un::- no sé cómo le llame,
si ya el nombre no me enseñan
esos Astros celestiales,
pues ellos, Don César, solos,
sin dar la razon lo saben.
La sangre sin fuego hierve,
dicen adagios vulgares;
pues no será tiranía
añadir fuego á la sangre?
Fuera de esto, conveniencias
de hacienda no son bastantes,
para que por ellas yo
sujete mis vanidades.
Y en fin, para que en discursos
tanto tiempo no se gaste,
yo os quiero para pariente,
no para esposo ni amante.
El sí que á mi padre he dado,
de miedo fué de mi padre;
la voz, á excusas del alma,
le pronunció tan cobarde,
que porque ella no le oyese,
acudió luego á anegarse
en lágrimas y suspiros,
que ahora por testigos salen
de que son vuestros placeres
nacidos de mis pesares.
Si sois noble, una muger
os suplica, que la ampare
vuestro valor, y la libre
de una fuerza que la hacen.
Si sois valiente, rendida
hoy á vuestras plantas yace,
pidiendo perdon, si es
ofensa que os desengañe.
Si sois entendido, os ruego,
que vuestro ingenio repare,
en que una estrella rebelde
se vence mal, nunca ó tarde.
Y si en fin amante sois,
os dice, que como amante
pongais su amor en olvido,
que es la fineza mas grande
que podeis hacer por ella,
logrando las vanidades
de noble así y de valiente,
de entendido y de constantè;
advirtiendo, que si os debo
la fineza de dexarme,
ha de ser con condicion,
que no ha de saber mi padre,
vasallo, deudo ni amigo,
que de mí la causa nace,
que otras muchas hallaréis
para embarazar que pase,
puesto que es contra mi gusto,
el casamiento adelante.
Y quando no baste esto,
el saber, Don César, baste,
que yo me caso forzada:
ved si será bien que os llame
esposo y dueño despues,
quien esto os ha dicho ántes. *Vase.*

Ces. Válgame el Cielo! qué he oido?
es posible que esto pase
por mí, sin que mis desdichas
de una vez conmigo acaben!
Margarita, á quien adoro
con fe tan firme y constante,
que mas allá de querida,
se vió idolatrada casi,
de esta suerte me desprecia!
Y que haya tan ignorantes
hombres en el mundo, que
á las mugeres infamen,
porque nos engañan! Quánto
es peor que nos desengañen,
si hay engaños que dan vida,
y desengaños que maten?
Y no puede ser peor,
ni hay ni puede ser tan grave
dolor, como que una Dama,
en fe de que yo la ame,
cara á cara me confiese
el agravio que me hace:
pluguiera al Cielo::- *Sale Cárlos.*

Carl. Ya, César,

que-

quedan para aquesta tarde
juntos amigos y deudos,
y las ventanas y calles
de luminarias cubiertas,
haciendo::- *Ces.* Pues de mi parte
les decid, Cárlos, que yo
les suplico no se cansen
en celebrar dichas mias,
y que aplausos semejantes,
en exêquias de mi muerte
solo convertirlos traten.
Carl. Qué decis? *Ces.* No sé que digo.
Carl. Un instante ha no quedasteis
alegre? *Ces.* Sí; pero ahora
á saber, Cárlos, llegasteis,
que los filos de las dichas
no duran mas que un instante.
Sale Lisardo.
Lis. Las muestras de las libreas
para lacayos y pages
traigo. *Ces.* Arrojadlas, Lisardo,
y haz que solo luto saquen.
Sale Celio.
Cel. Aquí están las joyas. *Ces.* Pues
vuélvelas donde las traes.
Cel. No vés sus diamantes? *Ces.* No,
que es fuerza pesar me cause
ver, que siendo firmes, sean
estimados los diamantes.
Sale Espolin con la cartera, y recado de escribir.
Espol. Esta es, señor, de los ciento
la libranza que mandaste
hacer; firma, pues que cuesta
tan poco merced tan grande,
que con hacer solamente
un garabato se hace.
Ces. De esta suerte firmaré *Rómpele.*
mercedes hoy. *Espol.* Tate, tate:
qué te ha hecho esta libranza,
señor, para que la rasgues?
Ces. Qué sé yo? páguenme todos
culpas, que no tiene nadie.
Espol. Firma, no digan de ti
los cultos y los vulgares,
que no estás para firmar.
Carl. Qué os obliga á extremos tales?
Ces. No es posible que lo diga,
que hay quien manda que lo calle.
Carl. No os entiendo. *Ces.* Yo tampoco.
Carl. Qué causa teneis? *Ces.* Bien grave.
Carl. Decídmela á mí. *Ces.* No puedo.
Carl. Pues por qué?
Ces. Porque es tan grande,
que aunque cabe en mi razon,
en mis ràzones no cabe.
Carl. No os casais con Margarita?
Ces. No, ni es posible casarme
con ella *Carl.* Qué habeis sabido,
que á vuestro honor acobarde?
Ces. Si otro que vos me dixera
escrúpulo semejante,
le matara, vive Dios:
qué puedo saber de un Angel
mas de que no la merezco?
Lisardo. *Lis.* Qué mandas? *Ces.* Parte
á prevenir quatro postas:
tú quantas letras hallares
para el Exército acepta;
y al Consejo por mi parte
dirás, que al César escriba:
tú, Espolin, ven á calzarme
botas y espuelas; y vos,
Cárlos amigo, abrazadme,
y á Dios, á Dios para siempre,
pues para siempre mis males
de mi Patria me destierran.
Si yo acaso os avisare
de mí, y vos me respondeis,
poned cuidado en callarme
el nombre de Margarita;
y si acaso la nombrareis,
sea para decir solo,
que goza felicidades.
Carl. Qué, no diréis dónde vais?
Ces. A morir. *Espol.* Eso es muy fácil
cosa, que se puede hacer
aquí, y en qualquiera parte:
para qué cansarte quieres
en buscar donde? *Ces.* Esta tarde
he de salir de Ferrara.
Sale Ludovico.
Ludov César, pues qué novedades
puede haber, que os obliguen
á hacer ausencia? *Ces.* Ah pesares!
no pudo llegar á mas *ap.*
vivo

vivo extremo, que á obligarme,
que yo me culpe á mí, para
que otro á su salvo me mate.
Señor, estando en campaña
el gran César (que Dios guarde)
y tan vecino á nosotros,
pues es la empresa que trae
en los Cantones de Italia
y Alemania confinantes,
no me parece que es bien,
sin asistirle y besarle
la mano, y que me conozca,
que yo de mis bodas trate.
Y así, te pido licencia,
para que acudiendo ántes
que á mi opinion, á mi intento,
de aquesta faccion no falte.

Ludov. Pues dia en que Margarita
á mi persuasion afable
responde, os ausentais? *Ces.* Sí,
porque dicha semejante
la he de merecer primero,
comprada á precio de sangre.

Ludov. Quando á vuestro valor, César,
esa obligacion le llame,
será bien, que efectuados
queden los conciertos ántes.

Carl. Ludovico dice bien.

Ces. Hay cosa como rogarme *ap.*
lo mismo que yo deseo!
Señor, (desdichas, matadme)
quando vuelva victorioso
de Hereges y Protestantes,
que hoy á Alemania y Ungría
infestan, podré casarme;
que quando hace el César guerra,
César no ha de tratar paces.

Ludov. Si hubiera de responder
atento al necio desayre,
que hoy en mí y en Margarita
haceis á dos voluntades,
de otra suerte respondiera;
pero debedme el templarme.
Idos, pues. *Sale Margarita.*

Marg. Señor, qué es esto?

Ludov. Ser tu primo tan amante,
que para poder mejor
merecerte, á ganar parte
nueva fama. *Marg.* Si mi primo
trata, señor, de ausentarse,
razon debe de tener.

Ces. No tengo, pues no me vale;
pero con ella ó sin ella,
me he de ir. *Ludov.* Pues quanto ántes
nos haréis mayor merced:
mas ved, que si como padre
fuí el primero que pidió
á Margarita casase
con vos, quando mas glorioso
volvais, y mas arrogante,
seré el primero tambien,
que diga que no se case;
y por no hablar de otra suerte,
me quitaré de delante. *Vase.*

Carl. Retirémonos nosotros,
para que los dos se hablen.

Espol. Justo es, por ser mandamiento
de amor el non estorvabis. *Vanse.*

Marg. En fin, Don César, os vais?

Ces. Si señora, aquesta tarde.

Marg. Muy agradecida os quedo
á fineza semejante.

Ces. Pues otra he de hacer por vos
mayor, si alguna hay que iguale
con hacerse uno en su muerte
tercero, cómplice y parte.

Marg. Qué ha de ser?

Ces. Ponerme donde
la primer bala me alcance,
porque la primer noticia,
que de mí tengais, os saque
del susto, de que otra vez
mis rendimientos os cansen.
Y si no soy tan dichoso,
que halle bala que me mate,
porque encontrar con su muerte
un desdichado no es fácil,
plegue á Dios, que los avisos
de los dos sean tan distantes,
que vos de mí oigais desdichas,
yo de vos felicidades;
gusto para vos sea todo,
todo para mí pesares,
igualando vuestros bienes
al número de mis males.
Y tomad esta palabra,

la luz del Cielo me falte
si á vuestra vista volviere,
sin que vuestra voz lo mande.
Marg. Yo lo aceto, y á Dios, César,
que os lleve con bien, y os guarde.
Ces. Para qué, si no ha de ser,
ingrata, para olvidarme? *Vanse los dos.*
Suenan caxas y trompetas, y salen los Soldados que pudieren, y detras el Baron de Brisac y el Emperador.
Emp. Haced, Soldados, alto en esta parte,
y al compas de la música de Marte,
saludad dulcemente
al enemigo Exército, que enfrente
aquartelado espera
al abrigo del bosque y la ribera,
que sin diseño, línea ni modelo,
fortificado les ofrece el Cielo;
que ántes que de mañana,
entre nubes el Sol de nieve y grana,
primera seña dé su albor primero,
en sus quarteles embestirle quiero,
siendo aquesta montaña
bóveda al valle, tumba á la campaña,
teatro de la fortuna,
condicional imágen de la Luna.
Haced, Baron, que el campo se aquartele
con mas cuidado y prevencion que suele,
porque ni sobresalto ni castigo
nos dé la vecindad del enemigo.
Baron. Toda la Infantería
doblada está, señor, en esquadrones,
y la Caballería
la cubren desmontados batallones,
todos la mano en brida y el pie en tierra.
Emp. Son las dos los dos brazos de la guerra,
y así importa, que unidos
siempre estén unos de otros defendidos;
porque de la manera,
que es preciso q̃ un brazo á otro ampare,
para que este repare,
miéntras estotro hiera,
Caballería así é Infantería
las manos se han de dar, porque en el dia
que vayan desunidos, verse es cierto
del Exército el cuerpo descubierto,
con cuya prevencion aquesta altiva
traicion veré si la cerviz derriba
al yugo, que ha querido
mirar de su garganta sacudido,
perdiendo, conquistada,
los nobles privilegios de heredada;
mas yo sobre su cuello
mi planta augusta::- pero qué es aquello?
Disparan dentro, y tocan caxas.
Baron. A lo que desde aquí se determina,
á la falda, señor, de esa vecina
montaña, que es de los rebeldes muro,
se escaramuza. *Emp.* Embarazar procuro,
que no pase adelante, que no es hora
de empeñarnos, Baron, hasta la Aurora:
acudid prevenido
á hacerlos retirar. *Baron.* En vano ha sido,
pues la distancia muestra,
que no es, señor, ninguna gente nuestra.
Emp. Ya de la escaramuza
montada tropa nuestro campo cruza,
diciendo fugitiva::- *Dentro Matilde.*
Matild. Nuestro gran César Federico viva.
Emp. Quién dará causa á novedades tantas?
Sale Matilde.
Mat. Dame á besar, ó gran señor, tus plantas
que amparada una vez de tu sagrado,
ni la fortuna temeré ni al hado. (lo
Em. Alzad, prodigio hermoso, alzad del sue
que un dia que por huésped tiene al Ciel
la tierra, no es razon verle rendido;
y ya que en mi presencia he conseguid
veros, sepa quién sois, y vuestro intent
Matild. Uno y otro sabrás, escucha atent
Inclito Federico generoso,
de este nombre tercero, que glorioso
á par del tiempo vivas,
quando tu nombre en láminas escribas
siendo, por mas decoro,
de diamante el papel, la letra de oro;
la que á tus pies se favorece humilde
es Madama Matilde,
de Momblanc Baronesa;
sí bien, siendo quien soy, decir me pes
que esta es mi Patria, y este mi apellid
porque negar quisiera el haber sido
este traidor Pais bastarda cuna
de mi lealtad, mi sangre y mi fortun
El infelice dia,
que esta rebelde indigna Patria mia,
mo-

movida de la Plebe,
á ser libre República se atreve,
mi padre, que no fuera
padre mio, quien ménos que esto hiciera,
los Nobles convocando,
tu obediencia y tu nombre apellidando,
se declara cabeza
de la fe, la lealtad y la nobleza.
Pero como los buenos
paraqualquier faccion siempre son ménos,
de la Plebe acosado y perseguido,
fué, señor, el primero,
que de su misma Patria prisionero
llegó á verse á una torre reducido,
donde murió, si muere
quien en su fama eterna vida adquiere.
Yo, aunque es verdad que era
de sus obligaciones heredera,
viendo que le quitaba á mi venganza
á un tiempo la ocasion y la esperanza,
di á entender, que la muerte no sentia,
y que á mi Patria la persona mia
consagraba leal, cuyo desvelo
la lengua le mintió, pero no el zelo.
Y así, viendo esparcida
la nueva, gran señor, de tu venida,
con mis vasallos y la gente, que era
de mi sangre y faccion, fuí la primera,
que á impedirte la entrada
de todas piezas á caballo armada,
entro á su Plaza de Armas; bien mi intẽto,
mas que á mi fama, á tu servicio atento
se muestra, pues apénas tus hileras
desplegáron al ayre sus Banderas,
quando osada y altiva,
á voces dixe: Federico viva:
bien pienso, que tuviera
quien de tu nombre la faccion siguiera;
pero qué generoso pensamiento
no es fácil geroglífico del viento?
Darme quisieron muerte
al oirme, de suerte,
que de pocos seguida
llegué, no sin milagro, con la vida
á tus pies, donde espero,
que pues no obró la voz, obre el acero.
Yo sé por donde aquesta tarde puedes
entrar de suerte, que glorioso quedes
de tanto aleve bárbaro enemigo:
manda á unas Tropas avanzar conmigo,
que seguras me ofrezco á conducirlas,
y en su mismo distrito introducirlas,
miéntras por otra parte
los asustan escándalos de Marte,
porque de tanta gloria
á Matilde le debas la victoria.

Emp. De mi agradecimiento,
bellísima Madama, dar intento
al Cielo por testigo;
y porque digo mas, si ménos digo,
quiero que solo esta
resolucion te sirva por respuesta.
Valientes Alemanes,
nobles Caudillos, fuertes Capitanes,
hoy tengo de embestir á mi enemigo,
y tú verás como tus pasos sigo,
hasta entrar en la línea que le encierra.

Matild. Viva el gran Federico.

Todos. Guerra, guerra. *Vanse.*

Tocan al arma, y salen César, Espolin, Celio y Lisardo vestidos de Soldados.

Ces. A buena ocasion llegamos,
pues que poniendo se halla
el Exército en batalla,
para que á un tiempo podamos
vivir ganando opinion,
ó morir dexando fama.

Espol. Esto aquí es lo que se llama
llegar á buena ocasion?

Ces. Pues qué mejor, si primero
(ya que en la campaña estoy)
que diga el labio quien soy,
puede decirlo el acero?

Espol. No sé; pero la ocasion
buena, y aun rebuena fuera,
si alguna paga se diera,
ó algun pan de municion.

Ces. Advierte, Espolin, que mas
no hables de burlas, que aquí
no se sufre. *Espol.* Cómo así?

Ces. Oye, y sabrás donde estás:
Ese Exército, que vés
vago al yelo y al calor,
la República mejor,
y mas política es
del mundo, á que nadie espera,

que ser preferido pueda,
por la nobleza que hereda,
sino por la que él adquiere:
porque aquí á la sangre excede
el lugar que uno se hace,
y sin mirar como nace,
se mira como procede.
Aquí la necesidad
no es infamia, y si es honrado,
pobre y desnudo un Soldado,
tiene mayor calidad,
que el mas galan y lucido;
porque aquí, á lo que sospecho,
no adorna el vestido al pecho,
que el pecho adorna al vestido.
Y así, de modestia llenos
á los mas viejos verás,
tratando de serlo mas,
y de parecerlo ménos.
Aquí la mas principal
hazaña es obedecer,
y el modo como ha de ser,
es, ni pedir ni rehusar.
Aquí, en fin, la cortesía,
el buen trato, la verdad,
la fineza, la lealtad,
el honor, la bizarría,
el crédito, la opinion,
la constancia, la paciencia,
la humildad y la obediencia,
fama, honor y vida, son
caudal de pobres Soldados,
que en buena ó mala fortuna,
la Milicia no es mas que una
Religion de hombres honrados.
Espol. Pues, señor, aunque es tan bella,
y su bien es tan inmenso,
queda con Dios, que no pienso
hacer profesion en ella.
Ni quiero fama, ni quiero
matarme ántes ni despues,
por todo lo que no es,
ó mi moza, ó mi dinero.
Logra tú fama infinita,
que yo desde aquí me he de ir:
mira si es que has de escribir
á Madama Margarita.
Ces. Necio, á todos no mandé,
quando salí de Ferrara,
que nadie me la nombrara?
Espol. Natural descuido fué,
perdóname, pues no yerra
quien yerra sin intencion.
Ces. Vive Dios, si á otra ocasion::-
Dentro. Arma, arma, guerra, guerra.
Ces. Ya el Exército Imperial,
moviéndose todo á un tiempo,
parece que las montañas
muda de un puesto á otro puesto:
á embestir va; y pues la plaza
no tengo sentada, y tengo,
sobre leyes de Soldado,
licencia de Aventurero,
sin agregarme á ninguna
Compañía, hallarme intento
en la que en la lid tuviere
mas aventurado el riesgo.
Lis. No será mejor, señor,
darte á conocer primero
al Emperador, y que él
lugar te señale y puesto?
Ces. No es ahora ocasion de hablarle,
ni querer que abra los pliegos,
que de Ferrara le traigo:
mas dónde están? *Cel.* Yo los tengo
conmigo, con los demas
papeles y letras. *Ces.* Luego
que se acabe la ocasion,
mas de espacio le hablarémos:
y pues ahora me llama *Tocan.*
este generoso estruendo,
no hay que esperar. *Lis.* Pues guia tú,
que los tres te seguirémos.
Espol. Cada uno hable por sí,
que yo, ni sigo, ni quiero
seguir nada en esta vida,
aunque el seguir sea un pleyto
con el Escribano amigo,
y el Juez de la causa deudo. *Caxas.*
Dent. Arma, arma, guerra. *Unos.* Viva
la Patria. *Otros.* Viva el Imperio.
Ces. Bellísima Margarita,
hoy te cumpliré, si puedo,
la palabra de mi muerte;
mas no podré, porque pienso,
que soy sin duda inmortal,
pues

pues tu rigor no me ha muerto. *Vase.*
Espol. Cuerpo de tal, qué sangrienta
la batalla empieza! si esto
se viera desde un tejado
de la plaza, hubiera juego
de cañas de tanto gusto?
Mas yo por qué me detengo,
que no voy á pelear?
Ah, sí, ahora caigo en ello,
porque tengo poca gana
quando tengo mucho miedo,
y porque tengo tambien
todo el valor que no tengo.
Si quien muere con honor,
hubiera de volver luego
á recibir parabienes
de lo bien que le habian muerto,
yo me muriera al instante:
mas si le pasa lo mesmo,
que al que muere de almorranas,
que es decir: Dios te dé el Cielo;
quién me mete á mí en morirme
por honor, que es el mas necio
amigo del mundo; pues
no hace en todo el año entero
mas, que pudrir al amigo,
si habló baxo, si habló recio,
si sufrió, si no sufrió?
Pero muy largo va esto, *Tocan.*
para estarse otros matando,
y estarme yo discurriendo:
hácia el bagage me acojo,
que es el quartel de los cuerdos,
y sabré si el embestir
fué bien hecho ó fué mal hecho,
esperando cauteloso
de la batalla el suceso,
para decir, si se pierde,
que los Soldados tuvieron
la culpa; mas si se gana,
lindamente lo hemos hecho,
porque ellos no saben mas,
que ganamos y perdiéron. *Vase.*
Dentro. Arma, arma, guerra. *Unos.* Viva
la Patria. *Otros.* Viva el Imperio. *Caxas*
Dent. Matilde. Por esta parte, Soldados,
conmigo subid, haciendo
inmortales vuestros nombres.
Unos. Matilde es quien nos ha hecho
la traicion de descubrir
la flaqueza de este puesto.
Otros. Ella es la primera, todos
la tirad.

Disparan dentro, y saca Don César á Matilde en brazos.

Matild. Válgame el Cielo!
Ces. No temais, bello prodigio,
que aunque el caballo os han muerto,
hasta tomar otro, bien
defendida estais, teniendo,
contra el espeso granizo
de tantas balas, mi pecho,
que os servirá de muralla, *Caxas.*
con que os asegure el vuestro.
Matild. Quién sois, valiente Soldado,
á quien yo la vida debo,
pues si no fuera por vos,
la hubiera perdido, puesto,
que á vista del enemigo,
pudiera mal otro esfuerzo
retirarme? *Ces.* Yo, señora,
soy un hombre aventurero,
cuyo nombre á otra ocasion
sabréis, pues ahora os dexo
adonde podréis cobrar,
despues del perdido aliento,
otro caballo: haré mal,
si mas con vos me detengo,
tanto por mi obligacion,
como (ay de mí!) porque tengo
dada palabra á otra Dama
de perder la vida, y pierdo
la esperanza de cumplirla,
si á la batalla no vuelvo. *Vase.*
Matild. En mi vida ví valor
semejante, ni despecho
mas generoso.
Dent. 1. Aquí está *Sale el Emperador.*
Matilde. *Emp.* Qué ha sido esto,
Madama, qué ha sucedido
miéntras yo distribuyendo
las órdenes me quedé
atras un solo momento?
Matild. Haber perdido, señor,
el caballo, que me han muerto
los contrarios.

Emp. Dicha ha sido
no haber en tan grande empeño
perdido tambien la vida.

Matild. A un Soldado se la debo,
que ya de entre el enemigo
me retiró, no sin riesgo
de la suya. *Emp.* Qué Soldado
es quien servicio me ha hecho
tan particular? que es bien
aventajarle con premio.

Matild. Quien es no puedo decir,
mas darte las señas puedo.
Aquel de las blancas plumas,
que tremoladas al viento,
son las alas de su fama:
aquel, que ahora el primero
sube esa montaña arriba,
sobre quien graniza el fuego
de la pólvora mas balas,
que átomos sacude el Cierzo:
aquel, que hasta las trincheras
va llegando, á cuyo exemplo
todos los demas se animan:
aquel, que ayroso embistiendo
ya por la surtida, está,
á pesar de todos, dentro,
es quien la vida me ha dado,
y si no basta todo esto,
es aquel (ay infelice!) *Disparan.*
que entre el horror y el estruendo,
abrazado á una Bandera,
despeñado baxa y muerto.

Baxa Don César despeñado y herido con una Bandera.

Cesar. Dichoso mil veces yo,
pues que muero, y porque muero
á tus pies, César invicto,
donde teñida te ofrezco
en mi sangre esta Bandera,
aunque humilde don, pequeño
para quien quisiera ver
el Orbe á tus plantas puesto.
Ya quedan tus Imperiales
victoriosos, ya deshechos
tus contrarios huyen, yo
de parte de todos vengo
á rendirte la obediencia;
y así, viviendo y muriendo,
te la doy, para cumplir
con todos, pues represento
los leales, si estoy vivo,
los traidores, si estoy muerto.

Emp. Llegad, valiente Soldado,
á mis brazos, que con ménos
demostracion no pagara
lo que á vuestro valor debo:
quién sois? *Ces.* Yo, señor::-

Sale el Baron con una carta.

Baron. Despues
de darte, César supremo,
parabien de la victoria,
darte noticia deseo
de un caso particular.

Emp. Decid, pues: cobrad aliento
vos, sabré despues quién sois.

Baron. En el despojo que han hecho
los Soldados, uno halló
en un cadáver un pliego
para ti; y viendo que trae
tu nombre, y que con Real sello
viene cerrado, no quiso
ofender tanto respeto,
y así le ha manifestado.

Emp. Mostrad, Baron, que deseo
saber cuyo es, para ver
quien me escribe con los muertos.

Abre el pliego, y sale Espolin.

Espol. Pues que escucho que han cantado
otros la victoria, quiero
rezarla yo por mi amo:
pero no es aquel que veo?
Señor, dame una y mil veces
los brazos. *Ces.* No adviertes, necio,
que está aquí el César? *Espol.* Par Dios,
aunque el César y Pompeyo
estuvieran, te abrazara:
dónde está Lisardo y Celio?

Ces. Celio murió, y de Lisardo
no sé.

Muestra sentimiento el Emperador al leer la carta.

Matild. De algun sentimiento
da muestra vuestro semblante
al leer la carta. *Emp.* Confieso,
que me ha pesado de verla.

Bar. Pues cuya es? *Emp.* Estad atentos,
que

que el Estado de Ferrara
es el que me escribe esto.
Lee. *Don César Colona, que es quien dará esta á vuestra Magestad Cesarea, deponiendo las pretensiones que á este Etado tiene, y otras conveniencias que pudieran asegurarle en él, parte á servir á vuestra Magestad en esta ocasion, para merecer de justicia la gracia de vuestra Magestad.*
No leo mas; porque es tan grande
el dolor de ver que pierdo
su persona, que por ella
diera la victoria en premio.
Murió, en fin, César Colona.
Ces. Qué es esto que escucho, Cielos!
Espol. Quien quiera que tal dixere
ó pensare::- *Ces* Calla, necio.
Espol. Por qué? *Ces.* Porque ya que aquí
esto el acaso lo ha hecho,
y no soy yo quien lo finge,
dexar que corra pretendo
esta voz. *Espol.* Pues qué te va
en que te tengan por muerto?
Ces. Que tenga esta buena nueva
Margarita, y fuera de esto,
que mande y goce á Ferrara,
con que viviré contento,
sabiendo que gana ella
el Estado que yo pierdo.
Espol. Vive el Cielo, no lo sufra
mi lealtad. *Ces.* Pues vive el Cielo,
que si descubres quien soy
te mate. *Baron.* Pues qué pretexto
en tu Exército á Don César
pudo tener encubierto?
Emp. Cómo puedo adivinar
yo sus motivos? El cuerpo
de Don César procurad
que se retire: y volviendo
á vos, decidme, quién sois?
que quiero acudir á un tiempo,
al vivo con el favor,
y con el dolor al muerto.
Ces. Tan igualmente á los dos
atiende el cuidado vuestro,
que parece que él y yo
somos, señor, uno mesmo:
pero yo soy un Soldado
de fortuna: sí bien puedo *ap.*
preciarme de que soy mas
de lo que ahora parezco.
Mi nombre es Celio, mi Patria
Mantua; aquesto es quanto puedo
decir de mí. *Espol.* Y mucho mas,
que se nos queda en silencio.
Emp. Haced, Baron, que se cure
ese Soldado, advirtiendo,
que se ha de tener con él
todo el cuidado y desvelo,
que con mi misma persona.
Vamos, Matilde, que quiero
del enemigo seguir
el alcance, porque luego
que esta victoria me dé
la accion de este Estado, pienso
dar á Italia vuelta. Vos
tened, Soldado, por cierto,
que habeis de ser exemplar
de quanto yo estimo y precio
el valor de un buen Soldado. *Vase.*
Ces Sin duda yo soy el muerto,
pues á mí me haceis las honras.
Matild. Aunque donde tan supremo
favor está, no hace falta
otro alguno; con todo eso
os ofrezco de mi parte::-
mas nada es lo que os ofrezco,
porque aunque diga la vida,
nada os doy, pues os la debo. *Vase.*
Ces. Las deidades nunca quedan
deudoras de los afectos.
Baron. Venid conmigo, porque
se executen los preceptos
del César. *Vase.*
Ces. Tan vano estoy
con el favor que me ha hecho,
que bastará á darme vida:
ven, Espolin. *Espol.* En efecto,
te hace la fortuna mas,
quando hacerte quieres ménos.
Ces. Vés todos estos favores,
honras, mercedes y aumentos,
como todos me hacen? *Espol.* Sí.
Ces. Pues ni lo estimo ni aprecio,
porque aplausos, glorias, dichas,
favo-

favores, lauros y premios,
si no los vé Margarita,
de qué me sirve tenerlos?

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Baron de Brisac y un Criado.
Criad. Notable privanza ha sido.
Baron. Ni la escriben ni la cuentan
semejante de la fama
todas las plumas y lenguas.
Que á un Soldado de fortuna,
de quien sabemos apénas
nombre, calidad y Patria,
tan en su favor le tenga,
que en un dia mas honores
de Federico merezca,
que otro que::- *Sale D. César.*
Criad. Mira no te oiga,
que viene hácia aquí.
Baron. Mi lengua,
lo que en ausencia dixere,
sabrá decir en presencia,
que no se ha de retractar
porque lo oiga ó no.
Ces. Aunque quiera
darme por desentendido
hoy de la plática vuestra,
como otras veces, no puedo,
quando advierto, que os alienta
á hablar el saber que os oigo.
Baron. Es verdad; y porque vea
vuestra atencion, que no vuelvo
atras la voz, lo que de ella
me falta pronunciar es,
que es tan grande la soberbia
con que á la gracia subis
del César, que solo os resta
ser tan César como él.
Ces. Aseguraros pudiera,
que no solo á ser aspira
César como él mi modestia;
pero que es tan al contrario,
señor Baron, la sospecha,
que quizá, despues que soy
su privanza, no soy César.
Baron. Eso es decir, que pudisteis
haberlo sido en su ofensa.
Ces. Cosas hay, que aunque se digan,
no son para que se entiendan.
Baron. No al sagrado del discreto
os acojais tan apriesa,
que mal podréis emendar
lo que habeis dicho. *Ces.* Eso fuera,
á decirlo mi malicia,
como lo entiende la vuestra.
Baron. En los hombres de mi sangre::-
Ces. En los hombres de mis prendas::-
Empuñan, y sale el Emperador.
Emp. Qué es esto?
Los dos. Nada, señor.
Emp. Mas que vuestra voz me niega,
me dice vuestro semblante;
pero quiero á mi prudencia
deber hoy no saber mas
de lo que querais que sepa;
y así, pues los dos decis,
que no es nada, que lo crea
será justo: mas por vida
de Federico, si llega
á ser algo lo que es nada,
que escarmiente mi severa
indignacion mas de algunas
altiveces y soberbias,
que::- *Ces.* Señor::-
Baron. Señor::- *Emp.* No mas.
Baron. Si pensara::- *Ces.* Si creyera::-
Emp. Está bien: veníos conmigo,
Baron. *Baron.* Cielos, él intenta *ap.*
satisfacerme con honras,
como me ha visto con quejas.
Emp Quedaos vos.
Ces. Ah Cielos! como *ap.*
ha visto que hay quien se ofenda
de mi privanza, me aparta
de su lado. *Emp.* Porque es fuerza
que vos os vengais conmigo,
donde á solas reprehenda
los extremos de una envidia,
siempre á mis gustos opuesta.
Y vos, porque no estoy bueno,
quedaos á suplir mi ausencia.
Muchos pretendientes hay
en Milan, y que desean
hablarme ántes que me parta,
vien-

viendo quan á la ligera
á Italia discurro; haced
en nombre mio la audiencia,
recibid sus memoriales,
y dadme de todo cuenta. *Vase.*

Baron. Qué escucho! lo que pensé,
que satisfacciones eran, *ap.*
han venido á ser agravios!

Ces. Qué oigo! lo que juzgué que era
desvío, es mayor favor! *ap.*

Bar. De envidia el pecho rebienta. *Vase.*

Ces. De gozo no cabe el alma:
mas miente, miente mi lengua,
pues mal pudiera el contento
ser huésped de la tristeza:
ay hermosa Margarita!

Sale Espolin Señor, si me das licencia,
te diré una novedad,
que quizá importa saberla.

Ces. Qué novedad?

Espol. Que Don Cárlos
tu gran amigo, está ahí fuera
esperando entre los otros
del Emperador audiencia.

Ces. Qué dices?

Espol. Que yo le he visto.

Ces. Y él, dime, vióte á ti? *Espol.* A esa
pregunta, él es el que habia
de dar, señor, la respuesta,
pues él sabe si me vió;
mas pienso que no. *Ces.* Pues llega,
y di al Portero de guardia,
que á los que ahí están, advierta,
que por no sentirse bueno
el Emperador, ordena,
que me den sus memoriales,
para que no se detengan
los despachos, y que así,
entren los que fiarlos quieran
de mí, advirtiendo, Espolin,
que á él llames primero, y sea
sin que te vea. *Espol.* Está bien.

Ces. Qué novedad, será esta,
que obligue venir á Cárlos
buscando de esta manera
la Corte, quando corriendo
Federico á Italia, llega
á estar de uno en otro Estado,
ya de Ferrara tan cerca,
que de hoy á mañana está
para ir de secreto á ella,
como hizo hasta aquí, excusando
entradas, gastos y fiestas?
Sin duda (ay de mí!) ha sabido
que no fué mi muerte cierta,
y viene á verme: mas no
me parece, si esto fuera,
que audiencia solicitara
del Emperador: ya entra,
disimular me conviene,
hasta saber lo que intenta.

Sale Don Cárlos con dos pliegos.

Carl. A vuestras plantas (qué miro!)
Don Cárlos Esforcia llega
(él es) noble de Ferrara,
con este para su Alteza,
y este para vos. *Ces.* Pues quién
de mí en Ferrara se acuerda?

Carl. Muchos, que ahora se holgaran
de hallarse aquí, aunque tuvieran
las dudas que tengo, pues,
ó mentirosas ó ciertas,
bien, á precio de dudarlas,
tomaran el padecerlas.

Ces. Cuyas son las cartas? *Carl.* Son::-

Ces. El disimular es fuerza. *ap.*

Carl. De Madama Margarita.

Ces. De Margarita? qué espera
mi amor? brazos, vida y alma,
(ay Cárlos!) su porte sean,
que solo, hasta oir su nombre,
tuvo el corazon prudencia.

Espol. Pues declarémonos todos,
y tambien mi abrazo venga.

Carl. Espolin? *Ces.* Cárlos, qué es esto?

Carl. Tan absorta, tan suspensa
el alma está, que ántes que
me digais, como es que sea
posible, que el que he llorado
muerto, en mis brazos merezca
hallar mi fortuna vivo,
no sabré daros respuesta.

Ces. Ahora quereis que os diga,
que murió Celio en la guerra,
en cuyo poder se halláron
mis pliegos, cartas y letras?

Que

Que de mi muerte esforcé
yo la voz, porque tuviera
Margarita ese buen dia?
Que empeñado en la refriega,
libré á Madama Matilde?
Que abrazado á una Bandera,
de un mosquetazo caí
herido á los pies del César?
Que una y otra accion pudieron
obligarle á que tuviera
lástima de mí de suerte,
que convalecido apénas
de la herida, me mandó,
que á su persona asistiera,
porque con tan gran victoria,
toda la Provincia puesta
en obediencia, si es
que hay conquistada obediencia,
queria á la retirada
dar á toda Italia vuelta?
Que sirvo con tal fortuna,
que como veis, no reserva
nada de mí? No es posible.
Decidme vos, cómo queda
Margarita? Y por Dios, Cárlos,
que me digais, que muy buena.
Está ya en la posesion
de Ferrara muy contenta?
sábese allá que estoy vivo?
que de temor de que sean
desprecios los que me escribe,
y las que me dice ofensas,
no me atrevo á abrir la carta.

Carl. Bien podeis abrirla y leerla,
que no viene para vos,
puesto que para vos venga,
pues ella á Celio la escribe,
aunque la recibe César.

Abre la carta.

Ces. Dichoso mil veces yo,
ó César ó Celio sea,
pues en efecto, en mi mano
veo su firma y su letra:
y aunque pudiera dudar
si es favor ó si es ofensa,
no quiero; venga la dicha,
y como viniera venga.

Espol. Vive Dios, que fué contigo
Mazías niño de teta,
un mete muertos Leandro,
y Píramo un alza puertas.

Lee Ces. Habiendo muerto en servicio
de su Magestad Don César
mi primo::- Tente, fortuna,
no me quites tan apriesa
el gusto de que lo escriba,
el pesar de que lo sienta.

Espol. Qué pesar? es la otra boba?

Lee Ces. Yo quedo única heredera
de este Estado de Ferrara.
Es, ni puede ser, que sea
hombre mas felice! *Espol.* Doblado
pierdo, y aténgome á ella.

Lee Ces. Pero como en posesion
no puedo entrar, sin que sea
por su Magestad Cesarea,
estimaré, quando venga
á Ferrara, estarlo ya.
Que fuese edades eternas
quisiera yo. *Espol.* Y ella y todo.

Lee Ces. Don Cárlos Esforcia lleva
poder para el homenage,
pleytesía y obediencia,
á cuyo efecto he querido
valerme de vos. Que sea
tan dichoso, que se valga
de mí Margarita!

Espol. Qué hembra
de uno no se vale, y mas
para quitarle su hacienda?

Lee Ces. Y así, os suplico (qué dicha!)
que en fe de Dama, merezca,
señor, que vuestro favor
esfuerce esta diligencia.
Solo sentiré lo poco
que tengo que hacer en ella:
y así, Cárlos, al instante
daréis á Ferrara vuelta
con los despachos. *Carl.* Primero
tambien, que os informe es fuerza
de otra pretension mia.

Ces. Vuestra? *Carl.* Sí. *Ces.* Qué es?

Carl. Que os merezca
perdon de ser yo el que viene
á hacer esta diligencia
de parte de Margarita,

que

que viendo::- *Ces.* Tened la lengua,
no os disculpeis, que no pudo
por mí hacer la amistad vuestra,
Cárlos, mas fineza, que
servirla y obedecerla.
Carl. No me diréis, siendo así,
qué contrariedad es esta,
de ver, César, que quien pudo
estar casado con ella,
de ella se ausente, y despues
haga tan grandes finezas,
como darla Estado y vida?
Ces. No, Cárlos, no, porque fuera
quedarme yo sin razon,
darla, pudiendo tenerla.
Carl. No os entiendo.
Espol. Yo tampoco.
Ces. Eso es muy de otra materia.
Que se despida dirás,
hasta mañana, la audiencia,
que donde está Margarita,
no es bien que á otra cosa atienda;
y así, á hablar al César voy,
porque el tiempo no se pierda,
con este pliego. *Sale el Emperador.*
Emp. Cuyo es?
Ces. De Margarita, Duquesa
de Ferrara. *Emp.* Qué pretende?
Ces. Solo, señor, que pues queda
única heredera ya,
muerto su primo Don César,
el Título la despaches:
á esto, y jurar la obediencia
Don Cárlos Esforcia viene.
Carl. Y quien á las plantas vuestras,
no solo, señor, de parte
hoy de Margarita bella,
pero de todo el Estado,
os ofrece el alma en prendas.
Emp. Del suelo alzad. *Ces.* Yo, señor,
á traer voy, con tu licencia,
el Título á que le firmes,
para que Cárlos se vuelva.
Emp. Esperad, y no tan fácil
ese despacho os parezca.
Ces. Por qué, señor, si no hay
razon alguna, que pueda
suspenderlo? *Emp.* Sí hay, y grande.
Ces. Quál puede ser dudo. *Emp.* Esta.
El grande levantamiento
de los Esguízaros, dexa
bien dañosa para mí
á Italia una conseqüencia,
que es la causa que me obliga
hoy á visitarla y verla.
Sé, que muchos Potentados,
en cuyos pechos se engendran
desvanecidos alientos
de ambicion y de soberbia,
no me son afectos, siendo
á la imitacion del etna
hipócrita de las llamas,
que arden entre nieve envueltas.
Si Madama Margarita,
que es tan poderosa y bella,
casase con quien me fuese
sospechoso, cosa es cierta,
que con Estado tan grande,
fuera añadir fuerza á fuerza.
Y así, hasta que de mi mano
la case yo con quien sea
de mi faccion y mi gusto,
vendrá á serme conveniencia
dilatar la posesion
de Ferrara, porque tenga
en las dos nobles codicias
de su estado y su belleza,
un premio para el afecto,
para el no afecto una rienda,
que le detenga y le pare.
Ces. En su heredada nobleza
de valde vive el rezelo.
Emp. Es verdad; y pues tan cerca
estamos ya de Ferrara,
yo quando entre, Celio, en ella,
haré esa merced.
Ces. Señor, *Híncase de rodillas.*
si es posible que merezca
una mas, quien de ti tantas
reconoce, ha de ser esta.
Emp. Pues qué te va en eso á ti?
Ces. Vame mas de lo que piensas.
Carl. Extraño afecto de amor!
Espol. Y aun extraña impertinencia.
Emp. Siempre que hablas en Ferrara,
contrarios extremos muestras;

ántes de ahora me tienes
pedida, Celio, licencia
de no entrar en ella, dando
á entender tienes en ella
algun gran inconveniente;
pues cómo ahora te empeñas
en querer con tanta instancia
ajustar sus conveniencias?
Ces. Crióme en casa Ludovico,
señor, y darle quisiera
á entender, que en *mí* no hay
dicha que me desvanezca.
Fuera de esto, Margarita
me escribe, y aunque no sepa
á quien, saberlo yo basta.
Emp. Todo eso es darme respuesta
á los empeños de ahora,
mas no á la ocasion que tengas
para no entrar en Ferrara.
Ces. Tu respeto, ó mi vergüenza
decir no permiten, que
di palabra al salir de ella
de no volver á ella, en tanto
que no me diese licencia
una Dama á quien la di,
y no tengo de romperla,
si me costase la vida;
y así, gran señor, quisiera
hacer el servicio á una,
donde otra me hace la ofensa,
por vengarme de ella. *Emp.* Pues
partamos la diferencia;
yo el Título la enviaré,
envíale tú la advertencia
de que no ha de elegir dueño,
sin darme primero cuenta;
y con esta condicion
el despacho á firmar venga,
porque quando entre en Ferrara,
que será muy presto, tenga
la posesion Margarita. *Vase.*
Ces. Edades vivas eternas.
Al punto le traeré: Cárlos,
ven conmigo, y considera,
que el secreto has de guardar
de todo esto. *Carl.* Que no veas,
que es imposible, que otros
no te conozcan! *Ces.* No es esa
objecion, pues por ahora
consigo, que goce y tenga
el Estado Margarita,
sin que quien se le da sepa;
que no hace fineza quien
dice que hace la fineza,
pues solo es saber callarla
premio de saber hacerla. *Vanse.*

Salen Margarita y Flora.

Flor. Extraña es tu condicion!
Marg. Yo confieso, que lo fuera,
si mi opinion no tuviera
bien fundada su opinion.
Flor. No sé qué lo pueda hacer,
para que con tal rigor
niegue la deidad de Amor
el pecho de una muger.
Marg. Yo sí, pues no es otra cosa
esa humana idolatría,
que una dulce tiranía,
que una esclavitud gustosa,
á cuyo imperio rendido
el corazon se envilece,
el discurso se entorpece,
y se avasalla el sentido.
Flor. Antes dicen que es, señora,
tan al contrario, que Amor
da espíritu, da valor,
y los sugetos mejora:
de suerte, que ha sucedido
ser el cobarde animoso,
el avaro generoso,
y el ignorante entendido.
Marg. Quieres ver, que no es así?
De enamorado cobró
algun hombre el juicio? *Flor.* No.
Marg. Y perdiólo alguno? *Flor.* Si.
Mar. Luego nunca hace discretos,
sino locos el amor:
decir tambien es error,
que hacer pueden sus efetos
liberales, pues ya vemos,
por tener, Flora, que dar
uno á su Dama, faltar,
con miserables extremos,
á una y otra obligacion:
luego avaros hace, pues
no es liberal quien lo es

no mas que con su pasion.
Que da de valientes fama,
es engaño: quántos fuéron
los que desayres sufriéron,
por no aventurar su Dama,
atentos á no perdella?
Luego cobardes tambien
Amor hace? con que bien
probado está, Flora bella,
ser sus efectos culpables,
pues de enamorados, pocos
son los que escapan de locos,
cobardes y miserables.
Y quando aquesta razon
para ninguno lo sea,
me basta á mí que lo crea
altiva mi condicion.
Yo no sé lo que es amar,
Flora, ni lo he de saber
en mi vida. *Flor.* Qué muger
podrá de eso blasonar?
Marg. Yo, que finezas no estimo,
rendimiento, amor ni fe.
Flor. Bien costoso exemplo fué
de eso Don César tu primo.
Marg. Que tal me digas no es justo;
pues qué culpa tuve yo
de su muerte? él se ausentó,
por su fama ó por su gusto,
el dia que más rendida
el sí á mi padre le dí.
Flor. Todos dicen, que ese sí
fué el que le costó la vida.
Marg. Harto su muerte he sentido.
Flor. Sí, mas poco la has llorado.
Marg. Pariente y enamorado
tray muy cercano el olvido.
Flor. Y mas quando por consuelo
de su pérdida y su queja
libre un Estado te dexa.
Marg. Téngale Dios en el Cielo,
que él hizo en morirse bien,
pues de dos sustos me quita,
pleyto y amor. *Sale Ludovico.*
Ludov Margarita?
Marg. Señor? *Ludov.* Justo es que te den
parte mi gusto y mi amor
de mil cuidados que tengo.
Sabras, que quando prevengo
su quarto al Emperador,
he sabido, que con él
Madama Matilde viene,
con quien nuestra Casa tiene
deudo, fuera de la fiel
amistad que yo tenia
con su padre. *Marg.* Eso te da
cuidado? pues no estará
Matilde en mi compañía?
y mas si te acuerdas, quando
en sus Estados vivimos,
quán amigas las dos fuimos.
Ludov. Bien me acuerdo; mas dudando
el gusto tuyo, excusaba
traerla á casa. *Marg.* Pues por qué?
Ludov. Porque necio imaginé,
que algun cuidado te daba.
Marg. Para mí nunca lo ha sido
servirte: vienen ya? *Ludov.* Sí,
que estarán muy presto aquí
hoy de una carta he sabido.
Marg. Era de Don Cárlos? *Ludov.* No;
de lo que infiero que ya
puesto en camino estará,
porque no me escribe. *Marg.* Yo
lo fio de su fineza
y su cuidado. *Sale Cárlos.*
Carl. Y no en vano,
si merezco que su mano
me dé á besar vuestra Alteza,
ya que tan dichoso he sido,
que de sus pies en la esfera
llamarla de esta manera
el primero he merecido.
Este es el pliego en que viene
de Ferrara y de su Estado
el Título despachado;
sí bien, señora, no tiene
que agradecerse á mi zelo
la brevedad. *Marg.* Pues á quién?
Carl. A quien le envia. *Marg.* Está bien:
levantad, Cárlos, del suelo,
y decidme quien le envia,
que tengo de agradecer
el llegar á poseer
herencia que solo es mia,
muerto Don César. *Carl.* Es cierto;

pero duda no faltó
tan grande, como si no
hubiera Don César muerto;
pues si por Celio no fuera,
que tuviera, es evidente,
hoy el mismo inconveniente,
que si Don César viviera.
Marg. Esta novedad me advierte
inconveniente, en que á mí
se me dé posesion? *Carl.* Sí.
Marg. De qué suerte?
Carl. De esta suerte.
Apénas Celio tus cartas
vió, quando desvanecido
de que te valieras de él,
temí que perdiera el juicio,
y ántes que el Título hiciese,
que al César hablase quiso;
dile tus pliegos: á que él,
entre otras razones, dixo,
que hasta que tomes estado
con quien su afecto haya sido,
le es conveniencia tener
aqueste Estado indeciso:
porque estando como están,
hoy parciales y divisos
los Potentados, seria
dar ármas contra sí mismo.
Oyóla Celio, y tomando
la defensa, y el auxîlio
de tu lealtad, de tu sangre,
de tu valor siempre invicto,
le replicó, hasta que echado
á sus pies, extremos hizo
tales en razon, señora,
de emplearse en tu servicio,
que ellos pudieron moverle
á que partiendo el camino,
el César te envie el despacho,
y Celio te envie el aviso.
Marg. En notable obligacion
me ha puesto Celio. *Ludov.* Es preciso
reconocerla; y así,
conviene al instante mismo,
que agradecida le escribas,
y yo le ofrezco advertido
nuestra casa, quando venga
á Ferrara Federico.
Carl. Pienso que será excusado.
Ludov. Cómo?
Carl. Como, á lo que he oido,
él no ha de entrar en Ferrara.
Marg. Por qué? *Carl.* Por ciertos motivos,
que él debe allá de saberlos,
y yo no puedo decirlos.
Ludov. Cumplamos nosotros, Cárlos,
atentos al beneficio,
y acéptelo, ó no lo acepte;
tú escribe miéntras yo escribo:
mira, Cárlos, que al instante,
con estos pliegos que digo
has de volver á Milan.
Carl. Yo pienso, que habrá partido
ya el Emperador. *Ludov.* Mejor
será hallarle en el camino:
tú escribe. *Vase.*
Marg. La escribanía,
Flora. *Carl.* Pues yo me retiro
á solo esperar el pliego.
Marg. Antes, Cárlos, solicito,
miéntras que previene Flora
el papel, y yo el estilo,
saber qué hombre es este Celio,
á quien tan atento y fino
le debo, sin conocerle,
los extremos que tú has dicho.
Carl. Pues sé yo acaso de él mas
de lo que la fama dixo?
Marg. Sí, Cárlos, mas sabes, puesto
que tú le has hablado y visto.
Carl. Pues es un hombre, señora,
muy valiente, muy bien quisto,
muy afable, muy cortes,
muy galan, muy entendido,
muy liberal, muy atento
y muy noble.
Marg. Tan bien visto,
tan valiente, tan galan,
tan generoso y tan fino
ese Celio es? *Carl.* Si señora,
y aun mucho mas que no digo.
Marg. Pues qué se me da á mí de eso?
Carl. Ni á mí. *Vase.*
Marg. Espérate en quanto escribo.
Sale Flora.
Flora. Ya tienes, señora, aquí
ade-

aderezo apercibido
de escribir.
Marg. Llega esa almohada. *Escribe.*
Agradecida::- Mal digo:
que aquí el agradecimiento
parece de amor indicio.
Flor. Qué haces? *Rompe el papel Marg.*
Marg. Rompo este papel.
Flor. Ya lo veo. *Marg* Un entendido
decia, que no era fácil
de qualquier carta el principio.
Conocida la fineza, *Escribe.*
que de vos Cárlos me ha dicho::-
La voz fineza no es buena,
ni el confesar que la hizo
por mi decoro. *Rómpele.*
Flor. Otro pliego?
Marg. Qué imaginas? *Flor.* Imagino,
que haces alguna Comedia,
y vas, de miedo del silvo,
descartando-borradores:
jamas tal te ha sucedido:
posible es que te embarazas
en una carta? *Marg.* No has visto
quando uno habla, y otro escribe,
al que escribe, con el ruido
de las voces, dar al pliego
lo que oyó, y no lo que quiso?
Pues así escuchando yo
no sé qué gallardos gritos,
que me da el alma acá dentro,
conceptos formo distintos
de suerte, que equivocada
no me agrado del estilo,
porque escribo lo que oigo,
y no lo que quiero escribo;
pero en tercera persona
explicarme determino.
Mi padre, á vuestra fineza *Escribe.*
atento y agradecido,
envia á ofreceros su casa;
y yo, señor, os suplico
la acepteis, para que tenga
mas ocasion de serviros.
Ahora está bien; pues ahora
nada de mi parte digo,
y va todo de mi parte.
Flor. No sabes lo que imagino?
Marg. No, ni lo quiero saber.
Flor. Por qué?
Marg Porque he presumido,
que vas á decirme, Flora,
que Amor es Dios vengativo.
Flor. Es verdad. *Marg.* Pues no lo digas,
porque es muy vano delirio,
si yo no he de confesarlo,
ocuparte tú en decirlo:
da esa á Cárlos.
Dentro voces. Para, para.
Marg. Mas qué alboroto, qué ruido
es aqueste? *Sale Ludovico.*
Ludov. Margarita?
Marg. Señor, qué te ha sucedido?
Ludov. Ya tú sabes quan de paso
corre á Italia Federico,
y como por excusar
recibimientos festivos,
entró de secreto en Mantua
y en Milan. *Marg.* Sí.
Ludov. Pues lo mismo
le ha sucedido en Ferrara,
pues tan oculto ha venido,
que ha llegado su persona
primero que los avisos;
de suerte que ya á la puerta
del Parque, donde han salido
esos jardines, se apea.
Marg. Salgamos á recibirlo,
pues al poco lucimiento
nuestro, da disculpa el mismo
recato suyo.
Salen el Emperador, Matilde, el Baron y acompañamiento.
Ludov. A tus plantas,
Cé ar generoso, invicto
Monarca, á cuyas victorias
Anales serán los siglos,
Margarita de Ferrara
y yo ofrecemos rendidos,
si tanto bien merecemos,
alma y vida en sacrificio.
Marg. Bien de nuestra turbacion,
Marte Aleman, á quien hizo
diadema el Sol de laureles
para coronar sus rizos,
tomara el Sol la defensa,

si es que advierto, si es que miro
quanto de esta novedad
viene á ser exemplo él mismo;
pues para que no deslumbre
al mundo su luz, da indicio
de que ya viene primero
en tornasoles y visos,
luego en templados celages,
y despues en rayos tibios:
porque si naciera al mundo
su resplandor de improviso,
mas que luciera cegara,
que es lo que me ha sucedido
á mí con vos, puesto que
llega en vuestro sol divino
la Magestad sin anuncios,
y el esplendor sin aviso.

Emp. Alzad, Duquesa, del suelo,
que en vuestro concepto mismo
de ese Sol, que vos pintais,
sin resplandores nacido,
fuera yo el desalumbrado,
si permitiera haber visto
postrado el cielo á mis plantas,
sin que osadamente altivos
ser intentaran mis brazos
Atlantes de tanto Olimpo:
vos seais muy bien hallada.

Marg. Vos, señor, muy bien venido,
donde á vuestros pies ofrezca
los honores, que recibo
de vuestras manos, supuesto
que el Estado que consigo,
para asegurarle vuestro,
debisteis hacerlo mio.

Emp. Que fuera de todo el mundo
la posesion y el dominio
quisiera yo.

Marg. El Cielo os guarde.

Emp. Baron. *Baron.* Gran señor.

Emp. Has visto
en tu vida igual belleza?

Baron. Y si creo á los oidos,
como á los ojos, no es ménos
su discrecion.

Ludov. Prevenido
ya vuestro quarto os espera.

Marg. Si bien pobre humilde sitio
á tan soberano dueño,
mas vos de vos le haréis digno;
pues volviendo á lo del Sol,
sus hermosos rayos limpios
siempre son en el Alcazar
y en la cabaña unos mismos.

Emp. Antes temo yo, que esfera
que ser vuestra ha merecido,
se desdeñe de lo humano,
enseñada á lo divino;
vamos, Ludovico. Cielos, *ap.*
de su vista me retiro,
porque aunque es peligro hermoso,
es en efecto peligro.
Dónde vais?

Marg Sirviéndoos voy.

Emp Eso no (qué bello hechizo!)
quedaos, quedaos.

Marg. Ya obedezco,
por pensar que en ello os sirvo.

Emp. Qué discrecion! qué hermosura!
en toda mi vida he visto
tan apacible el asombro,
ni tan amable el peligro.

Vanse el Emperador, Ludovico y el Baron

Marg. Ya, bellísima Matilde,
que el cumplimiento debido
de la Magestad, me dexa
libre el uso del arbitrio,
dame mil veces los brazos,
segura de que conmigo
no usarán de sus poderes
ausencia, tiempo ni olvido.

Matild. Desconfiada me tuvo
tu amistad, habiendo visto
quanto, hermosa Margarita,
dilatabas el cariño,
que hallar pensaba en tus brazos.

Marg. Ofensa tu amor me hizo,
pues quando por ti no fuera,
solo por haber sabido
quan heroycamente noble
tu fama, tu honor, tu brio
procediéron, me pusiera
en el empeño preciso
de servirte. *Matild* Yo cumplí
con mi opinion y conmigo,
á cuya causa, mal vista

de

de toda mi Patria sigo
la Corte, hasta que premiando
Federico mis servicios,
me dé donde vivir pueda.
Marg. Todo lo sé, y te supliso,
que procures que Ferrara
sea, si no puerto, abrigo
de tus deshechas fortunas;
y en tanto podrás conmigo
vivir, sin que ande, Matilde,
de esa suerte peregrino
tu decoro, ya que el Cielo
hacerme Duquesa quiso
de Ferrara. *Matild.* Dicha fué
la desdicha de tu primo,
porque era quien mas tenia
el derecho y señorío
á aqueste Estado: y volviendo
á las honras que recibo
de ti, pienso que las pago,
con decir que las admito.
Yo pediré al César sea
tu tierra el amparo mio,
valiéndome para esto
de Celio su gran valido;
aunque en otras ocasiones
poca fortuna he tenido
con él. *Marg.* Ya que le has nombrado,
que me digas solicito,
quál de aquestos Caballeros,
que vienen con Federico,
es Celio? *Matild.* Ninguno es,
porque en Ferrara no quiso
entrar. *Marg.* Por qué?
Matild. No lo sé;
solo sé, que en el camino,
para quedarse pidió
licencia.
Marg. Qué hombre es, te pido,
que me digas. *Matild.* A qué efecto?
Marg. A efecto solo de oirlo,
admirada de que haya
por su valor merecido,
no solamente, Matilde,
la gracia de Federico,
pero conservarse en ella
de suerte, que haya sabido
al monstruo de los Palacios,
del odio y la envidia hijo,
dexarle sordo si es áspid,
y ciego si es basilisco.
Matild. Pues infórmate de otros,
y no de mí, porque he sido
parte muy apasionada.
Marg. Cómo? *Matild.* Como por él vivo.
Dióme la vida en la guerra,
aunque si á otra luz lo miro,
la muerte me dió en la paz,
y así hablar no determino
de él; porque si digo mal,
ofendo al decoro mio;
y ofendo á mi sentimiento,
si bien de sus cosas digo.
Marg. Ya lo he entendido.
Matild. Qué mucho,
si yo tan claro lo digo?
Marg. Flora?
Flor. Señora? *Marg.* A Matilde
llevarás al quarto mio,
y espérame en él, en tanto
que mil cosas apercibo
forzosas hoy. *Matild.* A tu órden
estoy: rigores esquivos,
enigma mi vida haceis,
pues que muero por quien vivo. *Vase.*
Marg. No vi la hora de quedarme
á solas sin mí, y conmigo
para apurar de una vez,
qué género fué de hechizo,
qué linage de veneno,
ó qué especie de martirio
este, que::- *Sale Cárlos.*
Carl. Dame tus plantas.
Marg. Cárlos, seas bien venido:
qué hay?
Carl Que en nueva obligacion
á Celio estás. *Marg.* Pues qué dixo?
Carl. Apénas leyó tu carta,
quando se puso en camino,
siendo así, que con el César
en Ferrara entrar no quiso.
Marg. Y dónde está? *Carl.* Tu licencia
espera no mas. *Marg.* Divinos *ap.*
Cielos, temer me hace un hombre,
á quien nunca hablé ni he visto!
Decid que entre: de esta suerte

á perder me determino *Vase Cárlos.*
de una vez el miedo á tanto
imaginado peligro.
Sale Cárlos con D. César y Espolin.
Carl. Entrad, que yo de su enojo
temeroso me retiro. *Vase.*
Ces. A vuestras plantas::- *Marg.* Qué veo!
Ces. Humilde siempre::- *Marg.* Qué miro!
Espol. No dixe yo, que era paso
de ilusion y parasismo?
Ces. Por qué, señora, os turbais
de verme en vuestra presencia,
si vos misma la licencia
de que á ella venga me dais?
Marg. Porque tan otro os mostrais,
que asombro el veros me dió.
Ces. Vos no me llamasteis? *Marg.* No,
sino á Celio. *Ces.* A Celio? *Marg.* Sí.
Ces. Luego llamásteisme á mí?
pues ese Celio soy yo.
Marg. Cómo creeré (muerta estoy!)
que en César Celio ha vivido?
Ces. Creyendo que soy y he sido
lo que no he sido ni soy.
Marg. Muerto á César juzgué hoy,
vivo á Celio os escribí:
pues cómo podré (ay de mí!)
quando tal duda apercibo,
presumir que muerto ó vivo
sois Celio y César? *Ces.* Así.
Un Filósofo decia,
que el alma quando faltaba,
de un cuerpo á otro pasaba,
donde de nuevo vivia:
Murió pues César el dia
mismo que Celio vivió,
y así soy yo y no soy yo;
pues en tan dichosa calma,
soy Celio, en quien vive el alma
con que César os amó.
Marg. Quando esa opinion no fuera
error, César, mi temor
conociera que es error,
quando por Celio os tuviera:
Porque si él dixo que era
el alma que vive (ay Dios!)
en dos cuerpos; cómo en vos
creer me hiciera mi fortuna,
que vive Celio con una,
si me habla César con dos?
Ces. Como tambien añadia,
en el error que enseñaba,
que nunca el alma mudaba
la inclinacion que tenia:
Y supuesto que la mia
siempre dura en su pasion,
uno Celio y César son;
pues como á amaros acuda,
aunque de sugeto muda,
no muda de inclinacion.
Marg. Aunque responder podia,
no quiero, pues me está bien,
que aborrezca á Celio quien
á César aborrecia:
Supuesto que la porfia
para en que uno y otro ayuda
á ser lo que fué, no hay duda
en que tambien mi inquietud
no muda de ingratitud,
aunque de sugeto muda.
Ces. Tambien contra esa crueldad
razon hay. *Marg.* Verla queria.
Ces. Dexar la sofistería,
y acudir á la verdad:
Si infeliz la voluntad
de César os ofendió,
la de Celio os obligó;
pues no á los dos aborrezca
el rigor, y yo merezca
lo que no merezco yo.
Por vos mi Patria dexé,
por vos á la guerra fuí,
por vos muerto me fingí,
por vos mi nombre oculté:
A Ferrara os entregué,
y en ella no hubiera entrado,
á no haberme vos llamado;
y si mas, señora, hubiera
que hacer por vos, mas hiciera
á vuestras plantas postrado.
César ó Celio, á rendiros
alma y vida vuelvo á veros;
César, para no ofenderos,
y Celio, para serviros:
Merezca apacible oiros,
que será rigor penoso

el

el que os obligue piadoso:
y haga de un dichoso yo
un desdichado; y vos, no
de un desdichado un dichoso.
Sin responderme volveis
la espalda? aun no me mirais?
suspiros al ayre dais?
llanto á la tierra ofreceis?
Ya que de mí os ausenteis,
turbados cielos serenos,
de tantos rigores llenos,
decid algo á mi pasion.
Marg. Digo, que teneis razon,
pero yo no puedo ménos.
Ces. O! para quándo, sagradas
esferas, estais guardando
los rayos! *Vase tras ella, y vuelve.*
Espol. O! para quándo
se hicieron las bofetadas!
Ces. En fin, que tan declaradas
finezas, gustos tan llenos
de amor, y afectos tan buenos,
de ningun mérito son?
Marg. César, vos teneis razon,
pero yo no puedo ménos.
Ces. Pues haced solo por mí
una fineza. *Marg.* Sí haré.
Ces. Dadme licencia::- *Marg.* De qué?
Ces. De olvidaros desde aquí.
Marg. Esa licencia, sin mí,
vos, Don César, la teneis.
Ces. Es verdad; mas vos os veis
con tal dominio en mi estrella,
que no me atrevo á usar de ella,
hasta que vos lo mandeis.
Que aunque esto no es ofenderos,
señora, sino obligaros,
con todo, aun el olvidaros
ha de ser obedeceros.
Dadme licencia de haceros
la defensa de averiguar
la distancia singular,
que dicen, que suele haber
en querer para querer,
ó querer para olvidar.
Marg. No solo aquesa licencia,
que pedis, César, os doy;
mas de mas á mas estoy
por daros una advertencia.
Ces. Qué es?
Marg. Que de amor la violencia
siempre vencerla podrá
quien quiera vencerla. *Ces.* Habrá
tal rigor! *Espol.* Solo te digo,
que es consejo de enemigo,
y el primero que te da.
Ces. Pues vive Dios, que he de ver,
á costa de mi dolor,
si es, para vencer á Amor,
medio el quererle vencer,
ya que solo á merecer
llego el consejo de vos.
Al paño queriéndose ir.
Marg. En fin, quedamos los dos
en que me habeis de olvidar?
Ces. En que lo he de procurar.
Marg. Id con Dios.
Ces. Quedad con Dios.

JORNADA TERCERA.

Salen el Emperador y el Baron.
Emp. Qué me dices? *Bar.* Lo que pasa.
Emp. Celio, que entrar no queria
conmigo en Ferrara, está
en Ferrara? *Bar.* Qué, te admiras
de esto solo? si al entrar
en ella, á voces publica
el Pueblo, que él es su César?
Emp. Hasta quándo de tu envidia
han de durar los rencores?
Bar. Si no me crees, ellas mismas
lo dirán, escucha atento.
Dentro. Viva nuestro César.
Otros. Viva. *Dentro César.*
Ces. Yo os agradezco, vasallos,
la lealtad, y que no os rija
ofrezco tirano dueño.
Baron. Su voz es aquella; mira
si es mi envidia ó su traicion.
Dentro. Viva César, César viva.
Emp. Corrido estoy de que hubiese
tenido la gracia mia
quien esta conspiracion
tuvo oculta y escondida

en Ferrara, á cuya causa
conmigo entrar no queria
en ella: qué aguardo pues,
que allá no salen mis iras
á dar á todos la muerte
solamente con la vista?

Al entrar el Emperador sale César, é hincase de rodillas.

Ces. Dame, gran señor, tus plantas.
Emp. Cómo, traidor, quando aspiras
al Laurel de mi cabeza,
así á mis plantas te humillas?
Ces Quien te haya dicho::-
Emp No mas.
Ces. Que yo puedo::- *Emp.* No prosigas,
que lo que yo veo, no es
menester que me lo digan.
Ces. Pues qué has visto, que hacer pueda
á mis lealtades mal vistas?
Emp. Qué mas, que aquese tumulto,
en que á voces te apellida
César todo el Pueblo? *Ces.* Pues
en qué puede su alegría
ofenderte, si soy César?
Emp. Que aun á mí me lo repitas!
Ces. Por qué no, si César soy
Colona? y como me miran
vivo, habiendo tanto tiempo
que por muerto me tenian,
el alborozo de verme
dió esas voces en albricias.
Emp. Qué dices? *Ces.* Que yo soy César
Colona. *Emp.* Pues qué te obliga,
siéndolo, á ocultar tu nombre?
á tener despues fingida
tu muerte? á entrar y no entrar
en Ferrara? *Ces.* Mis desdichas.
Emp. Quando ellas (que no lo sé)
te obliguen, por quién decias,
que los librarías de dueño
tirano? *Ces.* Por Margarita.
Emp. Ahora lo entiendo ménos:
porque habiendo el otro dia
empeñádote por ella
tanto, que goce y reciba
la posesion de Ferrara,
parece que ahora implica
contradiccion decir, que
tirano dueño les quitas:
enigmas son, que no entiendo.
Ces. Pues son fáciles enigmas,
como me escuches. *Emp.* Aguarda:
Baron? *Bar.* Qué me mandas?
Emp. Mira
si es tu envidia ó su traicion.
Bar. Ni es su traicion ni mi envidia.
Emp. Prosigue ahora. *Ces.* Yo, señor,
con ser, honor, alma y vida,
desde mi primera infancia
tan amante de mi prima
fuí, que pienso que inventé
esa humana tiranía
de amor, pues por adorarla,
dexé de amarla y servirla.
Ambos nos criamos juntos;
y porque en todo prosiga
la letra, que por los dos
no dudo que se repita;
Amor en nuestras niñeces
(ó falsa Deidad mentida!)
hirió nuestros corazones,
aprovechando sus iras,
con harpones diferentes,
y con flechas tan distintas,
que la de oro en mis entrañas,
áspid de mas bella Libia,
hizo el efecto que suele,
al tiempo que (suerte esquiva!)
el plomo engendró en las suyas,
á pesar de mis porfias,
mil rigores y desdenes,
con que abrasa y con que olvida.
Crecí, y conmigo mis penas;
creció, y con ella sus iras,
tanto, que queriendo el Cielo,
gran señor, que se compita
entre los dos::-

Sale Ludovico hablando con el Emperador, y al ver á César se turba.

Ludov. El Estado
de Ferrara y su Provincia,
para besarte la mano,
licencia pide. Qué miran *ap.*
mis ojos? *Emp.* Conmigo ven,
porque quiero que prosigas
tu suceso, miéntras llego

á

á la sala en que reciba
á Ferrara; que aunque es fuerza
el ser breve la visita,
perder ningun tiempo quiero.
Que á esto la cólera obliga *ap.*
de mis ya engendrados zelos!
Ces. Ay hermosa Margarita! *ap.*
perdona, que ya es forzoso,
que ni aun con callar te sirva.
Vanse el Emperador, César y el Baron.
Ludov. El es, ó mienten á un tiempo
mis oidos y mi vista.
Sale Espol. Dónde hallaré á mi señor?
podrá ser que este lo diga.
Habeis visto, Caballero,
á Celio ó César? que habia
menester hablarle. *Ludov.* Ya
segundo indicio lo anima.
Espolin? *Espol.* Señor?
Ludov. Qué es esto?
Esp. Qué sé yo? *Lud.* Pues qué venida
ha sido esta? No habia muerto
César? *Espol.* Y cómo que habia?
y yo tambien; mas tuvimos
un disgusto en la otra vida
con un muertecillo, sobre
hágase allá que me atiza,
y resucitamos solo
por capricho. *Ludov.* No me digas
locuras: qué novedades
son estas? *Espol.* Bien exquisitas;
mas no he de decirlas, quando
se va otro por no decirlas.
Ludov. Qué le obliga á tu señor
para que la muerte finja?
Espol. Cuenta usted á sus criados
lo que le obliga ó no obliga?
Ludov. Qué introduccion es aquesta
que trae con el César? *Espol.* Priva
con él como un descosido.
Ludov. Luego es él á quien publica
Celio la fama? *Espol.* Concedo.
Ludov. Pues cómo pudo?
Espol. En mi vida
respondí mas que hasta tres
preguntas, que si se aplica
uno á responder á quanto
le preguntan, en su vida
hará mas que responder;
por esto, y por ir de prisa,
que hay hoy mucho que privar,
me voy aunque me lo impidan. *Vase.*
Ludov. César salir de Ferrara
casi de su boda el dia?
Fingir su muerte, y con otro
nombre hacer su fama digna
de eternos bronces? Poner
despues de esto á Margarita
en posesion de Ferrara,
no habiendo (fuerte malicia!)
querido casar con ella?
Cosas son para advertidas
mas de espacio; y pues ya sale
el César de la visita,
y vuelve aquí, será bien
apartarme de su vista,
hasta consultar mejor
lo que he de hacer. *Vase.*
Salen el Emperador y César.
Emp. Que prosigas
el fin de tu historia quiero,
que estoy gustoso de oirla.
Pues aunque zelos me han dado
tus finezas, me los quitan *ap.*
sus desdenes; y esto al fin,
ya que no asegura alivia.
Ces. En qué quedamos? *Emp.* En que
te envió á llamar ella misma.
Ces. No me llamó como á César,
sino como á Celio: mira
á qué mas pudo llegar
de un amante la desdicha,
que á desobligar por sí,
quando por ser otro obliga.
Vine á verla, pero apénas
vió que era yo á quien debia
la fineza, quando en vez
de mostrarse agradecida,
volvió á su aborrecimiento.
Viendo pues las ansias mias,
que ya no hay con que obligarla,
es forzoso que se rinda
al desengaño; y así,
ver quieren, saber codician,
si para vencer á Amor,
como el adagio publica,

es medio el querer vencerle;
siendo empresa tan altiva
la primera diligencia,
que á voces mi nombre diga.
Emp. César, á tanto suceso
la admiracion es debida,
tal, que por no hablar en ella,
será forzoso que pida
algun término al discurso.
Solo es bien que ahora te diga,
que aunque puedo del engaño
darme por sentido, estima
tanto mi amor tu persona,
que te lo perdono. *Ces.* Viva
eternos siglos tu nombre.
Emp. Y aun quiero que se prosiga
hoy el pleyto, y que al instante
se junten para la vista.
Ces. Eso no, no han de trocarse,
señor, mis galanterías
en baxezas; ya la dí
el Estado. *Emp.* No prosigas,
que mal puedo yo faltar
por tu amor á mi justicia;
y siempre me está mejor,
César, que á Ferrara rijas,
para asegurar contigo
la lealtad de estas Provincias. *Vase.*
Ces. Ea, Amor, ya habemos dado
al riesgo la primer vista;
ya estoy declarado, ya
no puedo, aunque mas resista,
no haber dicho quien soy; pues
no tema el alma, y prosiga
en su olvido: mas, ay Cielos!
que el que olvidar solicita,
no olvida quando se acuerda
de que se acuerda que olvida.

Sale Espolin.

Espol. Era, di, soneto, ó era
soliloquio aquel que hacias?
pues no ama el que á solas no
soliloquia ó sonetiza.
Ces. No sé lo que era. *Espol.* Yo sí,
que ya, aunque no me lo digas,
me lo has dicho. *Ces.* Cómo?
Espol. Cómo?
diciendo, que no sabias
lo que era, has dicho lo que era,
que son unas letras mismas.
Pero cómo va de olvido?
dura, señor, todavía
aquella proposicion?
Ces. Y si me cuesta la vida
durará. *Espol.* Pues que me mates
con un garrote de encina,
ú de otra cosa, que yo
no te he de coartar la insignia,
si de aquello que llamamos
los doctos haldas en cinta,
en casa no la tuvieres
dentro de dos ó tres dias.
Ces. Qué locuras! *Espol.* Tú no sabes
lo que á una muger obliga
el mirarse despreciada
de aquel que se vió querida;
pues yo, con ser un pobrete,
que es asco verme en camisa,
traxe perdida una moza
(bien que ella vino perdida)
solo con hacerla esguinces.
Ces. Mas desatinos no digas.

Sale Ludovico.

Lud. Solo hay este medio, en quantos
me da el dolor en que elija. *ap.*
Los brazos una y mil veces
me dad, César, en albricias
de haber sabido que fué
engaño vuestra desdicha. *Abrázale.*
Ces. Bien á mi afecto debeis
todas esas alegrías.
Ludov. Quánto me huelgo de veros!
Espol. Así tengas tú la vida.
Ces. Corrió la voz de mi muerte,
y yo (no sé si lo diga)
dexé pasar el engaño,
solo por ver si podrian
los méritos, sin la sangre,
conseguir tal vez la dicha.
Lud. Bien la experiencia ha mostrado,
que pudieron conseguirla
por sí solos: y supuesto,
que esta, á pesar de la envidia,
la vez primera es que dixo
la mala nueva mentira,
despues de daros los brazos,
Cé-

César, y la bien venida,
quisiera, que los conciertos::-
Ces. Esperad; mucho me admira,
que no os acordeis de que
dixisteis á la partida,
que::- *Ludov.* No lo digais, que bien
me acuerdo, que con mi hija
no habia de casaros quando
volvieseis; y aunque podia
valerme de que el enojo
nunca es palabra precisa,
aun las que en mí son acasos,
no lo son para cumplirla:
vengais con bien.
Ces. Dios os guarde.
Ludov. Confirmóse mi malicia,
yo pondré remedio en ello. *Vase.*
Ces. Todo esto que oyes y miras,
es dar barreno á la nave,
para no tener salida,
quando volver quiera al golfo
de Caribdis y de Escila.
Vive Dios, que no ha de hallar
afecto en mí Margarita
de amor. *Espol.* De su quarto pasa
hácia esos jardines. *Ces.* Mira
si puedo salir sin verla.
Espol. No es posible de su vista
escapar, que llega ya.
Ces. Pues hácia aquí te retira,
que ni he de hablarla ni verla;
mas lo que es cortesanía,
nunca en mí podrá faltar.
Espol. Ah señor, que te deslizas:
la política del diablo
en otra cosa no estriba,
sino en acabarse el gusto,
pero no la cortesía
y buena correspondencia.
Ces. Pues ni he de hablarla ni oirla.
Salen Margarita y Leonor.
Marg. Qué mal encuentro, Leonor!
César está aquí. *Leon.* Por qué
verle te pesa? *Marg.* No sé:
porque querrá de su amor
repetirme ahora las quejas,
y yo no estoy para oirlas,
puesto que no he de sentirlas.
Retíranse los dos á la esquina del tablado, y van pasando ellas.
Leon. Si conmigo te aconsejas,
quéjate tú de él primero,
y embarazarás así,
que él no se queje de ti;
pues á lo que considero,
razon tienes en haber,
despues de haberte entregado
la posesion de este Estado,
vuelto al pleyto. *Marg.* Yo he de hacer
lo que me aconsejas, puesto *Pasan.*
que así he de poder librarme
de un necio amor: llega á hablarme?
Leon. No se muda de su puesto.
Marg. Pues pasemos sin hablar,
puesto que no sale de él.
Espol. Resistencia.
Van pasando, y hace él una reverencia muy baxa.
Ces. Ansia cruel!
pues aunque me ha de costar
alma y vida::- *Espol.* Resistencia.
Ces. He de vencer por ahora.
Marg. No nos sigue? *Leon.* No señora,
con solo la reverencia,
que te hizo te ha pagado.
Acaba de pasar, y al mirarle ella, vuelve él la cara.
Mar. Notable severidad! *Mirándole.*
si me hiciese novedad *ap.*
las quejas, que no me ha dado? *Vanse.*
Ces. Fuése, Espolin? *Espol.* Ya se fué.
Ces. Podré ahora suspirar?
Espol. Ahora, aun para llorar
como un niño, te daré
licencia: llora, suspira,
que como ella no lo vea,
no importa. *Ces.* Sí importa. *Esp.* Ea,
morietur, que ya delira.
Ces. Que no quiero con tan fuerte
remedio, salud ni vida;
qué puede hacer mas la herida,
si da la cura la muerte?
Y siendo el remedio tal,
que está mi mal de por medio,
que he de morir del remedio,
mas quiero morir del mal:

Tras

Tras ella iré; pero al verla,
Hace el acometimiento como que va, levanta ella el paño, y él se para en viéndola.
otra vez me suspendí:
ó quien pudiera (ay de mí!)
amarla y aborrecerla!
Vuelven Margarita y Leonor.
Leon. A qué vuelves?
Marg. No lo sé;
pero sí sé, á darle yo
las quejas, que él no me dió
quando por aquí pasé.
Ces. Segunda vez la he de ver,
y no hablarla? qué violencia!
Espol. Resistencia, resistencia.
Ces. Esto es querer no querer:
mucho, penas, intentais,
pero ello ha de ser.
Quiere irse, y Espolin se pone delante para estorbar que vuelva á verla.
Marg. Leonor,
vase? *Leon.* No lo vés?
Marg. Señor
Don César?
Ces. Qué me mandais?
fuerte lance! *Marg.* Pena extraña!
Ces. Que atento os escucho ya.
Espol. Resistencia, que se va
descubriendo la maraña.
Marg. Aunque es verdad, q̃ ahora he oido
una grande novedad,
hasta saber la verdad
de vos mismo, no he querido
darla crédito. *Ces.* Y qué es?
Marg. Que habiéndome por vos dado
la posesion de este Estado
el César, tratais, despues
que nadie esta accion ignora
á que el ser quien sois obligo,
de que el pleyto se prosiga
entre los dos. *Ces.* Sí señora,
que pues mi galantería
de ningun mérito fué,
perdida vos, no es bien que
se pierda todo en un dia.
Marg. Solo eso quise de vos
saber. *Ces.* Pues ya lo sabeis;
si otra cosa no quereis,
quedad con Dios. *Vase con Espol.*
Marg. Id con Dios.
Has visto igual grosería,
Leonor? *Leon.* Ni igual desenfado
vi jamas. *Marg.* Llama al criado.
Leon. Espolin? *Sale Espolin.*
Espol. Señora mia?
Marg. Saber quisiera de vos,
si ha (segun muestra el indicio)
perdido vuestro amo el juicio.
Espol. No lo sé; pero por Dios
que lo parece, porque
desde que el Emperador,
que inclinado á su valor
le ha honrado como se vé,
trata casarle, sabiendo
quien es anda embelesado.
Marg. Casarle?
Espol. Sí: lumbre ha dado: *ap.*
y la novia, á lo que entiendo,
le trae divertido ahora.
Marg. Y quién es? *Espol.* Una Alemana,
blanca como la mañana,
y rubia como la Aurora.
Marg. Habeisla visto? *Espol.* Un retrato
suyo he visto.
Marg. Y qué, es tan bella?
Espol. Fuera todo el Sol con ella,
lo que contigo un mulato.
Trages de talcos traia
la cara, que la ocultaba,
y á qualquiera que miraba,
mas hermosa parecia.
Pues qué, quando de villana
venia, á lo tosco y bello,
al hombro echado el cabello,
era Venus soberana.
Qué, quando en mudo reclamo
toca un harpa. *Marg.* Poco á poco,
que creo, que á vos mas loco
os tiene, que á vuestro amo.
Espol. Pues qué tenemos ahora?
por qué te enoja ó te pesa,
que sea hermosa la Princesa
de Substamberg, mi señora?
Marg. Idos, ántes que el rigor,
por tan groseros enfados,
ordene á quatro criados,

que por ese corredor
os arrojen. *Espol.* Yo creyera,
que para arrojarme á mí
los dos sobraban, y así,
quiero irme de esta manera. *Vase.*
Marg. Oye, aguarda.
Leon. Va como un rayo.
Marg. No es el desayre pequeño:
tras groserías del dueño,
desvergüenzas del lacayo!
César conmigo enterezas,
despegos y atrevimientos!
dónde están los rendimientos?
qué se hicieron las finezas?
Leon. Ménos las echas, señora?
Marg. Un hombre, que adolecía
de un dolor, que cada dia
le daba á una misma hora,
convaleció, y le hizo tal
falta su dolor cruel,
que no se hallaba sin él,
previniendo mayor mal.
Con veneno se criaba
un Príncipe, y padecia
mortal accidente el dia,
que el veneno le faltaba.
Yo, Leonor, ha muchos años,
que el dolor de un amor siento;
ha mucho, que me alimento
de sus venenos extraños;
y ya el pecho, de ansias lleno,
echa ménos este amor,
como el otro su dolor,
como estotro su veneno.
Sale Matilde.
Matild. Si el deudo, si la amistad,
que entre las dos ha vivido,
libremente ha permitido
usar de la voluntad,
que una á otra nos tenemos,
hoy la ocasion ha llegado
de mostrarlo. *Marg.* Qué cuidado
traes, que con tantos extremos
te obliga á hablar?
Matild. Yo he sabido,
que Celio, Don César es
Colona, tu primo. *Marg.* Y pues,
qué infieres de eso?
Matild. Haber sido
á quien yo debo la vida;
y pues yo, quando le hablé
la vez primera, mostré
afectos de agradecida,
aun no sabiendo quien era,
sabiéndolo ya, no puedo
dexar de perder el miedo,
que ántes tuve; de manera,
que habiendo de declararme,
á quién puedo como á ti?
Y así, vengo á que de mí
te duelas, pues puedes darme
vida con solo tomar
la mano en que él sea mi esposo;
tu prima soy, y es forzoso,
que el César me haya de dar
Estados en que vivir,
y ya mi amor ha dispuesto
persona, que le hable en esto,
procurando prevenir
me haga esta merced no mas.
Miéntras la respuesta espero,
sepa, prima, que le quiero,
que tú decirlo sabrás
mejor que yo; y él es tal,
que á trueque de algun desden,
aunque no me quiere bien,
sé, que no me quiere mal.
Aquesto por mí has de hacer,
prima amiga Margarita.
Marg. Esta necia solicita, *ap.*
que yo acabe de perder
el juicio. *Leon.* Fuerza es aquí,
señora, el disimular.
Marg. Leonor, toma tú el pesar,
y disimula. De ti
me espanto, que siendo quien
eres, con tanta extrañeza
me des á entender fineza,
que está á mi primo tan bien.
Matild. Yo me declaro contigo;
y pues palabra me has dado,
que has de ayudar mi cuidado,
tengo de ver si consigo,
constante, firme y rendida,
con afecto singular,
(ay Margarita!) pagar

con

con toda un alma una vida. *Vase.*

Marg. Buena me han dexado, Cielos,
de César el desenfado,
la libertad del criado,
y de Matilde los zelos.
Qué de medios solicita
Amor contra mi desden!
y aun no han de salirle bien.

Sale Cárlos, y al ver á Margarita se quiere volver.

Carl. A saber que Margarita
en este jardin estaba,
en él entrado no hubiera.

Marg. Cárlos?

Carl. Gran señora? *Marg.* Espera:
esta ocasion deseaba,
para saber de ti, qual
causa obligó á tu valor
á ser conmigo traidor,
por ser con César leal;
pues le conociste, quando
de mi parte á hablarle fuiste,
por qué no me lo dixiste?

Carl. Porque temiendo y dudando
hablar y callar en ese
lance, fué bien lo ocultase,
porque él dixo, que callase,
y tú, que no lo dixese.

Marg. Esa igualdad fuera bien,
á no ser tu dueño yo.

Carl. Y quién te ha dicho, que no
es él mi dueño tambien?

Marg. La posesion que he tomado
de Ferrara. *Carl.* Error cruel!
pues vengo á decirle á él
como en su favor se ha dado
sentencia: que como estaba
el pleyto ya para verse,
quando le hizo suspenderse
la boda que se trataba,
no hubo que esperar; y así,
al punto se sentenció,
que el Emperador mandó
que se viese; y pues aqui
de nada sirve mi error,
sino de aumentar la pena,
iré á dar la enhorabuena
al gran Duque mi señor.

Marg. Solo esto me habia faltado,
Leonor, añadir los Cielos,
sobre desayres y zelos,
la pérdida del Estado.

Leon. De tu condicion esquiva
te queja, y de tu desden.

Marg. Afígeme tú tambien! *Caxas.*

Todos. César nuestro Duque viva.

Leon. El vulgo discurre loco,
aclamando á su señor.

Marg. Vés todo esto, Leonor?
pues todo importara poco,
ni que el Estado perdiera,
ni los desayres pasara,
si César no se casara,
ni Matilde le quisiera.

Leon. Tarde lo sientes, y en vano.

Salen César, Espolin y acompañamiento.

Ces. Todos os podeis quedar,
porque entre solo á besar
al Emperador la mano.

Espol. Quédense todos, ninguno
con el Duque entre. *Unos.* Y tú no
te quedas? *Epol.* No, porque yo
no soy todos, sino uno.

Vanse todos los del acompañamiento.

Ces. Margarita al paso está.

Espol. Endúcate, que esta es, sabe,
ocasion de hacerte grave.

Ces. No sé si el alma podrá
resistir tanta porfia.

Espol. Cuerpo de tal: no tuviera
yo un Estado, de quien fuera
Duque tan siquiera un dia,
habido á precio, no mas,
de dexar una hermosura!

Ces. Qué haré? *Espol.* Con Ducal mesura
tu reverencia y no mas.

Va pasando César por delante de Margarita, que estará á la punta del tablado, y le hace una reverencia.

Ces. Como es loco el frenesí,
que padezco, siento y toco,
me dexo curar de un loco.

Espol. Pues muérete, y fia de mí.

Marg. Así, señor, vuestra Alteza
sin hablar pasa? *Ces.* Es tan nuevo
en vos::-

Espol.

Espol. Sal quiere este huevo. *ap.*
Ces. Mirarme sin extrañeza,
que me iba por no cansaros:
qué mandais? *Marg.* Lograr prevengo
dos parabienes, que tengo,
señor Don César, que daros.
Ces. Dos?
Marg. Sí, y de los dos no ha sido
ninguno el feliz Estado,
que la fortuna os ha dado:
porque habiendo prevenido,
que esto mira al interes,
no he de hacer aprecio yo
de que lo goceis ó no;
y aunque yo lo pierda, es
tan grande mi vanidad,
que pienso ser la primera,
que festivamente espera
rogocijar la Ciudad.
De lo que os doy parabien
es (zelos, adónde vais?)
del estado que tomais
en Alemania. *Ces.* Con quién?
Espol. Conmigo. *Marg.* Con la Princesa
de Sustamberg.
Hácele señas Espolin, que diga que sí, y mirando ella, se queda mesurado, y César no lo entiende.
Ces. Yo no sé
lo que me decis. *Marg.* Por qué
lo negais? es dicha esta,
que á mí debeis ocultarme?
Ces. Quien lo dixo, os engañó.
Espol. Pues quien lo dixo fuí yo,
y eso no es por alabarme.
Ces. Pues, pícaro, tu locura
así á Margarita engaña?
Espol. Prosigue tú la maraña,
que eso es todo de la cura.
Marg. Dexadle. *Leon.* Pues tú en abono
te declaras de un picaño?
Marg. Leonor, por el desengaño,
el engaño le perdono.
Ces. El primer lance es en quien
piadosa os ví: yo me abraso. *ap.*
Marg. Eso no es ahora del caso,
vamos á otro parabien.
Matilde, de agradecida,
merecer piensa la palma,
pagando, á logro de un alma,
la obligacion de una vida.
Hame pedido, sabiendo
ya quien sois, que os hable en ella:
es noble, es discreta, es bella.
Espol. No lo entiendes?
Ces. Ya lo entiendo.
De eso me dais parabien?
mas sí; qué dicha mayor,
que mereeer un favor
quien siempre lloró un desden?
y así, que lo acepto digo.
Espol. Qué lance habia de jugar *ap.*
ahora, á tener lugar
de aconsejarse conmigo!
Marg. Ved, qué la he de responder,
y sea favor siquiera,
porque soy yo la tercera.
Ces. No extrañeis, señora, el ver,
que dude favorecido
lo que he de decir, porque
ha mil siglos, que no sé
sino ser aborrecido.
Decid á Matilde bella,
que el alma no la rendí
desde el punto que la ví,
porque no era dueño de ella:
que ya lo soy desde el dia
que quise serlo, y que quedo
tan ufano, que hoy, que puedo
usar de ella como mia::-
Espol. Bien. *Ces.* La ofrezco agradecido
á su favor; y que no
he sido tan necio yo,
ya que tan cobarde he sido,
que no hubiese ántes de ahora
conocido en su hermosura
amagos de esta ventura.
Y en fin, decidla, señora,
que no sois buen medio vos
para servirse de mí.
Marg. Eso he de decirla? *Ces.* Sí.
Marg. No diré tal, vive Dios,
sino que sois un grosero,
un atrevido, un villano,
loco, altivo, necio, vano,
ingrato y mal Caballero.

Ces. Qué os enoja? qué os indigna
tan sin ocasion conmigo?
Espol. Victoria, que el enemigo
se ha doblado con su mina.
Marg. No basta haberme quitado,
si he de hablar en lo civil,
lo interesado y lo vil,
la posesion de un Estado,
sino querer desatento
ahora con otra accion
quitarme la posesion
de mi desvanecimiento?
Hombre que tan vano ha sido,
que dixo que me adoró:
hombre, que en fin mereció
verse de mí aborrecido,
respuesta á mí como esta
me da! *Ces.* Pues qué os causa enfado?
quién, quando trae un recado,
no vuelve con la respuesta?
Marg. Quien presumiendo que habia
de hallar, si digo verdad,
hoy en vuestra voluntad
los afectos de la mia.
Ces. Sí halláredes, á no haber
hallado yo, sí, por Dios,
ese sentimiento en vos.
Marg. De modo, que viene á ser
mi mérito contra mí?
Ces. Si es mi culpa el no pagar,
de vos os podréis quejar,
que yo de vos lo aprendí.
Marg. Pues si mi necio desden,
Maestro os hizo en olvidar,
enseñeos mi amor á amar.
Ces. Todo eso viniera bien
ahora, si ahora no viniera
quando sin amor os veis.
Marg. Muchos agravios me haceis;
no os vengueis de esa manera,
no con desayres agenos
de vos, pagueis mi pasion.
Ces. Digo, que teneis razon,
pero yo no puedo ménos. *Vase.*
Marg. Esperad. *Espol.* Nadie se albergue
de mí. *Marg.* Oid vos.
Espol. No puedo ahora,
que á ver voy á la señora
Princesa de Sustambergue. *Vase.*
Marg. Ah infeliz, á quánto obliga
un mal entendido amor!
Leon. Y aun no es eso lo peor.
Marg. Pues qué? *Leon.* Vuelve á verlo.
Sale Matilde. Amiga?
á que se fuese esperaba
César, por saber de ti,
si acaso le hablaste en mí.
Marg. Esto solo me faltaba: *ap.*
ya hablé. *Matild.* Y qué respondió?
Hay rendimiento ú desden?
qué tenemos, mal ó bien?
pena ó gloria? *Marg.* Qué sé yo?
pero si sé, escucha. *Queriendo irse.*
Matild. Di.
Marg. Tu amor, Matilde, y tu fe
no ha lugar.
Matild. Por qué? *Marg.* Porque
le quiero yo para mí. *Vase.*
Matild. No me quejaré (ay aleve!)
puesto que traidora fuiste,
á que no me lo dixiste,
por lo ménos, claro y breve;
mas aunque de mis desvelos
tu altivez desprecio haga,
si amor con amor se paga,
zelos pagaré con zelos.
Y aun aquí de mi furor
escarmentada se viera
tu traicion, si no viniera
ahora el Emperador. *Vase.*
Salen el Emperador, Don César, Espolin y Criados.
Ces. Aunque á tus pies postrado
siempre llegué de triunfos coronado,
nunca con mas favores,
mas dichas, mas mercedes, mas honores.
Emp. Gran Duque de Ferrara,
á mis brazos llegad. *Abrázale.*
Ces. Ventura rara!
Emp. Salíos todos afuera:
César? *Ces.* Señor? *Vanse los Criados.*
Emp. De ti saber quisiera
cómo te va de olvido.
Ces. Ya, señor, estoy mas convalecido:
apénas despreciada
de mí se vió esa fiera, quando airada,
con

con zeloso despecho,
la mina rebentando de su pecho,
desdenes y rigores
trocó en halagos, y herió á favores.
Emp. De suerte, q̃ ya es ménos su violencia?
Ces. Si señor.
Emp. Yo he hecho buena diligencia:
y cómo te has sentido
tú despues? *Ces.* Tan hallado con mi olvido,
que ni lloro ni siento,
desde el punto que vi su rendimiento.
Emp. Segun eso, en buen dia
llega una pretension contigo mia.
Ces. Pretension ó precepto?
Emp. Pretension solo es. *Ces.* Pues á q̃ efecto?
Emp. Matilde me sirvió, como tú viste,
sus Estados perdió, ya lo supiste,
pues aunque castigada
la Provincia quedó y avasallada,
los que leal primero la miráron,
sus casas y Lugares la abrasáron.
Grande es la obligacion en que me veo;
dexar premiada su lealtad deseo
ántes de mi partida; y así, digo,
que con nadie podré como contigo:
y pues desempeñado
te miras ya de aquel amor pasado,
que de esta obligacion me desempeñes
será bien, porque así no te desdeñes
de agradecer favores,
quando te precias de vengar rigores,
aunque por otros medios ha venido,
pienso q̃ es ella quien me lo ha advertido.
Ces. Esa dicha, señor, esa ventura,
que me ofrecen nobleza y hermosura
de Matilde, de quanto honrarme quieres,
testigo soy; pero que consideres
será justo tambien, que aunque he vencido
los primeros encuentros del olvido,
pues desde hoy sus vencimientos labra,
des lugar para darte la palabra.
Emp. Que lo pienses es justo;
pero piensa tambien, que este es mi gusto.
Vase el Emperador, y sale Ludovico.
Lud. La ocasion de halláros solo,
señor Don César, me tiene
cuidadoso; perdonad
á la voz, que no dixese
señor Duque, que no es mucho,
que á pronunciarlo no acierte,
porque no se hace fácil,
y ha muy poco que lo aprende.
Vos me pedisteis mi hija,
procurando que ella fuese
medio con que se ajustasen
tantos varios pareceres,
como causa la justicia
de los dos, teniendo siempre,
sin escrúpulo de amante,
las licencias de pariente.
Dilató el sí Margarita
algunos dias, ya fuese
poco gusto del estado,
ya honor de sus altiveces.
En fin, le dió, y este dia::-
Ces. Para qué quieres que lleguen
á mis oidos forzadas
las noticias, que ya tienen?
en que, porque no me caso,
todo eso va á resolverse,
despues de tantas finezas.
Lud. Es verdad. *Ces.* Pues muy en breve
lo diré: porque mi prima
me dixo muy claramente,
que me aborrece; y no quiero,
aunque la vida me cueste,
que me aborrezca muger,
la que Dama me aborrece.
Lud. Cómo puede ser, si dice,
que ser vuestra esposa quiere?
Ces. Diciéndolo yo. *Lud.* Quando eso
así sea, los desdenes
de las que aun no son esposas,
no agraviar, agradar suelen.
Ces. Quando son dichos acaso,
si; mas no quando sucede,
pretendida la ocasion,
para pedir que la dexen.
Lud. Vos lo decis, y no basta
para que el mundo no piense
mayor causa, y yo no tengo
de creer, que::-
Ces. Quien no creyere::-
qué es no creer? quien imagine,
que todo quanto dixere
yo no es lo cierto, será

él

él el que se engaña; y::- *Lud.* Tente,
no lo pronuncies, primero
mira bien á quien ofendes. *Riñen.*
Dent. Espol. En el jardin cuchilladas.
Dent. Marg. Acudid todos en breve.
Dent. Matild. Que es Don César.
Dent. Emp. Venid todos.
Salen Cárlos, Matilde, Margarita, el Baron, el Emperador, Espolin y criados.
Carl. Tente, César. *Bar.* Señor, tente.
Marg. Acudid todos. *Matild.* Llegad.
Emp. Pues qué atrevimiento es este?
Lud. Atrevimiento de honor,
que nada duda ni teme.
Emp. Vive Dios. *Ces.* Señor, si aquí
me dexaste, y aquí viene
á buscarme la ocasion::-
Espol. Fuera digo: quién se mete
con el Duque mi señor?
Bar. Quita, loco. *Emp.* A ambos ponedles
en dos torres, hasta que
á todo el mundo escarmiente.
Lud. Pues ya que haya de morir,
diré á voces claramente
por qué muero, porque nunca
faltó mi honor limpio siempre.
César con galanterías
públicas, ha que me ofende
muchos dias; y aunque fuéron,
sin duda, como se entiende,
debaxo de los pretextos
de esposo, hoy no lo parece,
pues se excusa de cumplir
la palabra que me tiene
dada. *Ces.* Dos disculpas tengo,
que entrambas están presentes:
Margarita, que me ha dicho,
que la enojo, y me aborrece;
y Matilde, que ha mostrado,
que me estima y que me qüiere:
pues si presentes las dos
hoy están, fuera decente
dexar de ir á quien me ama,
por ir á quien me aborrece?
Y así, con licencia tuya,
Matilde, á tus pies me tienes:
que aunque es verdad, que adoré
á Margarita, desdenes
solicitáron conmigo,
que todos experimenten,
que es el medio mas fuerte,
para vencer á Amor, querer vencerle.
Marg. Verdad es, que yo le he dado
ocasion, que me desprecie.
Matil. Yo ocasion de que me estime,
y que mis afectos premie.
Emp. Pues qué queja os queda á vos,
si él elige á quien le quiere?
Lud. La de la publicidad.
Marg. De eso, señor, no te quejes,
que tan públicas han sido
mis soberbias altiveces,
como sus finezas, y hoy
los que de su amor dixeren,
dirán del desprecio mio.
Y todo, en fin, se resuelve,
en que el medio es mas fuerte,
para vencer á Amor, querer vencerle.
Emp. Yo, en albricias de la boda,
es bien que el enojo temple.
Espol. Yo, que pida de las faltas
perdon á esas plantas siempre.

F I N.

Con Licencia: En Valencia: en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos. Año 1769.